

P.O.U.M.



**SOCIALISMO ES
LIBERACION**



La guerra civil española en Euskadi y Catalunya. Contrastes y convergencias

Miguel Romero

La colección **CRÍTICA&ALTERNATIVA** editada por **Espacio Alternativo** y **Revolta Global**
www.espacioalternativo.org | www.revoltaglobal.net

Primera edición. **Noviembre 2006**
Colección diseñada por **José Téllez**
Impreso por **Publidisa** - www.publidisa.com



Índice

Introducción	
I. Los antecedentes	
II. Julio-Octubre 1936: Reconstrucción del poder republicano	
III. Octubre 1936-Primavera 1937: Revolución	
IV. Primavera 1937: derrota	

Apéndices

I. 'El proletariado español ante la revolución en marcha' por Andreu Nin	
II. 'El testimonio' de David Rousset	
Cronología	
Bibliografía citada	
Otras referencias bibliográficas sobre la guerra civil española	

Introducción

LA IZQUIERDA REVOLUCIONARIA NO ACOSTUMBRA a interesarse demasiado por los debates históricos. Esto se debe quizás a la atracción que ejercen los grandes acontecimientos actuales y al hecho de que el razonamiento analógico arroje poca luz sobre ellos.

Aun compartiendo este punto de vista, creo que la historia sigue siendo un campo de batalla ideológico -las ideologías burguesas modernas se fundan en manipulaciones ideológicas colosales, en particular en lo que a movimientos populares revolucionarios se refiere- y de formación política, dado que esperamos de ella lo que legítimamente puede aportar: una comprensión del pasado.

La Guerra Civil española ocupa un lugar importante en la historia del movimiento obrero europeo. Es uno de los acontecimientos del mundo de entreguerras cuyo desenlace determinó el curso de la situación internacional. Fue un campo de pruebas para ideas, para estrategias políticas y militares, para culturas -resumiendo, para las cuestiones fundamentales de la época. Tenemos una enorme bibliografía a nuestra disposición sobre este tema, que comprende más de 16.000 libros, entre los que se cuentan estudios generales de la mayor calidad. En particular, estoy pensando en *La Revolución y la guerra de España* de Pierre Broué y Émile Témime, *La Guerra Civil española. Revolución y contrarrevolución*, de Burnett Bolloten y *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros* de Ronald Fraser, tres libros que se pueden considerar complementarios. Este cuaderno se

basa en estas y otras obras. Respetando la verdad histórica, se propone una comprensión política militante de un aspecto concreto de la guerra civil: la cuestión del poder en la Catalunya y la Euskadi republicanas.

Inevitablemente, el texto da por supuesto un mínimo conocimiento de los hechos básicos de la guerra civil, algo que puede ocasionar algunos problemas de comprensión a lectores que no estén familiarizados con la materia. Esta introducción no puede ni pretende resolver estos problemas. Me centraré en unos pocos elementos como recordatorio para quien esté ya familiarizado con el asunto y que puedan ser de ayuda para quien no lo esté, en particular si les motiva para leer los libros que acabo de mencionar.

ESPAÑA EN LOS AÑOS 30

A PRINCIPIOS DE LOS AÑOS TREINTA, ESPAÑA ERA UN PAÍS capitalista atrasado, todavía esencialmente agrario, pero ya marcado por un desarrollo industrial nada despreciable -"protoindustrial como dirían algunos. Sumaba aproximadamente 23,5 millones de habitantes. La población activa era de 8,5 millones (45,51% en la agricultura, 26,51% en la industria, 27,98% en los servicios). A pesar de la creciente urbanización desde principios de siglo, solamente unos tres millones de personas vivían en ciudades de más de 100.000 habitantes. La industria se concentraba en la periferia: Barcelona, Vizcaya y Asturias, seguido de Madrid, la capital. La clase obrera industrial más numerosa se concentraba en la construcción (400.000 trabajadores), el metal (aproximadamente 300.000), el textil (300.000, donde aproximadamente la mitad eran mujeres) y la minería (176.000). Si exceptuamos la industria del metal vasca, la industria de gran escala apenas existía.

El capital financiero controlaba la economía del país: seis grandes grupos dominaban la industria y los servicios. El sector

agrícola era típicamente oligárquico: diez mil familias poseían la mitad de la tierra.

La pequeña burguesía urbana y rural representaba aproximadamente la mitad de la población activa y jugaba un papel social y político importante en la sociedad española.

Finalmente, el capital extranjero tenía una presencia importante en ciertos sectores clave (el americano en la telefonía, el británico en la industria metalúrgica vasca y en las minas de cobre andaluzas, el belga en los ferrocarriles, etc).

La burguesía era tan débil económica como políticamente. Esto se manifestó en la crisis del estado nación español. En Catalunya había una conciencia nacional mayoritaria y organizaciones nacionalistas muy influyentes. El partido tradicional de la burguesía nacionalista, la Lliga, estaba perdiendo su base social a favor de una nueva organización fundada justo antes de que la República fuera proclamada en 1931: Esquerra Republicana de Catalunya (ERC).

En Euskadi, el movimiento nacionalista era más débil, pero ya representaba una fuerza social y política que iba a desarrollarse rápidamente bajo la República. Su principal organización era el Partido Nacionalista Vasco (PNV), fundado en el cambio de siglo por Sabino Arana, con una ideología permeada de racismo y de catolicismo reaccionario. Tras un largo período de crisis, el partido fue creciendo a partir de 1930, marcado por una evolución política en la que sus raíces tradicionales coexistían con el republicanismo.

El atraso extremo de Galicia, otra nacionalidad oprimida, contuvo el desarrollo de un movimiento nacionalista, que no consiguió construir un movimiento de masas en ese período.

La debilidad política de la burguesía española también se reflejaba de un modo característico en el enorme poder de la iglesia y el ejército. Los miembros de la iglesia sumaban 130.000 en un país que solo contaba con 35.000 estudiantes

universitarios (y unas tasas de analfabetismo del 45%). Además de sus miembros activos, la iglesia también disponía de un imperio económico que comprendía edificios, bancos, minas, empresas de transporte, etc.

En lo que respecta al ejército, su hoja de servicio consistía en los golpes de Estado típicamente españoles conocidos como *pronunciamientos*, en intervenciones sangrientas contra movimientos populares y una sucesión de aventuras coloniales desastrosas. Su hipertrofiado aparato sumaba 195 generales y 17.000 jefes y oficiales por 109.000 soldados. La gran mayoría de los oficiales eran abiertamente reaccionarios y antirepublicanos y anhelaban un papel político que se correspondiera con su creencia de que el ejército encarnaba los intereses de la "patria".

EL MOVIMIENTO OBRERO

DESDE 1923, ESPAÑA VIVIÓ BAJO LA DICTADURA MILITAR del general Primo de Rivera, quien se describía formalmente a sí mismo como "director militar" nominado por el rey Alfonso XIII. Hacia finales de 1929 ya era evidente que la dictadura no había conseguido resolver la crisis de la monarquía y modernizar el régimen económico y político para satisfacer las necesidades de la burguesía industrial y financiera. Este fracaso condujo a una monarquía herida de muerte y a una burguesía desorganizada pero enriquecida.

Cuando cayó la dictadura, el movimiento obrero era, utilizando la frase de Maurín, un gigante dormido.

En esa época el socialismo y el anarcosindicalismo eran las dos corrientes fundamentales del movimiento obrero. Habían tenido una experiencia muy distinta de la dictadura.

Los socialistas colaboraron con Primo de Rivera hasta las vísperas de su caída. De todos modos, habían conservado una fuerza considerable; en 1930 el PSOE tenía 16.878 miembros y

la UGT -el sindicato que dirigía- tenía 287.333 afiliados. Conoció un crecimiento considerable durante la república: en 1934 el PSOE decía tener 100.000 militantes y la UGT 1.250.000.

El sindicato anarcosindicalista, la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), había sido duramente perseguido y prácticamente desmantelado por la dictadura. Pero desde 1930 en adelante se reorganizó rápidamente, reagrupando al ala más radical del movimiento obrero y alcanzando un número de afiliados similar al de la UGT. En 1927, se formó la Federación Anarquista Ibérica (FAI), que rápidamente se hizo con el control de la CNT, dirigiéndola durante la República con una orientación insurreccional que se conjugaba con una lucha sindical basada en la acción directa y claramente opuesta al sindicalismo reformista de los socialistas.

En 1930, el PCE sólo era un grupo de 800 militantes que se mantenía en la ilusión sectaria del "tercer periodo". Hasta la insurrección de 1934 (ver capítulo I) no creció significativamente. En vísperas de la insurrección, un cambio de línea le permitió ingresar en la Alianza Obrera, la dirección unificada de la lucha, que siempre había denunciado en términos de "Santa Alianza de la contrarrevolución". Su política de resistencia hasta el final de la insurrección le confirió un prestigio que le ayudó a crecer significativamente. Sin embargo, en vísperas de la guerra civil que estalló el 18 de julio de 1936, sólo tenía 50.000 militantes.

Unos días después del principio de la guerra civil, la muy débil organización del PCE en Catalunya consiguió un éxito político importante al fusionarse con grupos socialistas y nacionalistas para formar el Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC) bajo los auspicios de la Internacional Comunista. El número inicial de militantes del PSUC era de alrededor de 7000.

La naturaleza profundamente sectaria y burocrática del PCE había provocado, al final de la dictadura, una escisión de

diversas federaciones, la más importante de las cuales fue ciertamente la Federación Catalano-Balear dirigida por Joaquim Maurín. Esta organización estuvo detrás de la creación de un "frente de masas", el Bloque Obrero y Campesino (BOC), que sólo contaba con 5000 miembros en 1934. Durante los primeros años de la República, el BOC siguió un curso vacilante, tendiendo a adaptarse a la organización nacionalista ERC. Desde 1933 en adelante, se desplazó claramente a la izquierda. Fue el BOC el que lanzó la idea de organizar alianzas obreras, que fueron las protagonistas de la recuperación del movimiento obrero hasta la insurrección de octubre de 1934.

Finalmente, la Oposición de Izquierdas estaba organizada desde principios de 1930 en torno a un pequeño núcleo de militantes. A pesar de un notable esfuerzo de propaganda revolucionaria, su crecimiento fue bastante limitado; en 1934 contaba con 400 militantes. A finales de 1935, contra las recomendaciones de Trotsky, la Oposición Comunista ingresó en el BOC para formar el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM). La influencia principal de esta organización revolucionaria se circunscribió a Catalunya, donde tenía alrededor de 7.000 militantes al iniciarse la guerra.

Estos eran los protagonistas de los acontecimientos que se desarrollarán a continuación.

I. Los antecedentes

EN LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA, EUSKADI Y CATALUNYA constituyeron dos caminos inicialmente muy separados, social y políticamente, que terminaron convergiendo en la derrota: la marcha juntos al exilio de Aguirre y Companys puede servir de símbolo de estas trayectorias. El estudio comparado de ambas experiencias puede ayudarnos a entender algunos de los problemas centrales de la guerra en el campo republicano. Esto es lo que trataré de hacer en los límites de este trabajo. Los criterios que he utilizado en él son los siguientes:

a) considerar como periodo de estudio el que va desde el comienzo de la guerra hasta el verano de 1937, cuando se ha perdido la guerra en Euskadi y ha sido definitivamente derrotado el proceso revolucionario en Catalunya.

b) dividir este periodo en tres etapas (julio-septiembre del 36, octubre del 36 a mayo/junio del 37, y los acontecimientos de mayo/junio del 37, con alguna flexibilidad según las diferentes situaciones nacionales). Estas etapas se corresponden con lo que podríamos llamar aproximativamente "situación constituyente" de los respectivos gobiernos; "ejercicio del poder" y "derrota";

c) considerar como eje central del trabajo el problema del poder político: quién lo ejerce y cómo lo ejerce, porque creo que éste fue también el problema fundamental de la guerra.

Las experiencias acumuladas durante los cinco años del régimen de la II República hasta el estallido de la guerra civil

influyeron decisivamente en la situación general española, y particularmente en la de Euskadi y Catalunya en el curso de la guerra; es conveniente referirse a ellos como marco general de este trabajo. Los trataremos en torno a cuatro temas: la proclamación de la República; el proceso estatutario; los acontecimientos de octubre del 34; las elecciones de febrero del 36.

LA PROCLAMACIÓN DE LA REPÚBLICA

EL GRAN VENCEDOR DE LAS ELECCIONES del 12 de abril en Catalunya fue Esquerra Republicana de Catalunya (ERC). Tratándose de un partido recién nacido, el hecho puede sorprender. Pero ERC era un partido de características muy especiales. Como corriente política, representaba una diferenciación de izquierdas dentro del nacionalismo catalán tradicional que tenía una trayectoria relativamente larga y que se había consolidado bajo la dictadura de Primo de Rivera, como consecuencia de la actitud colaboracionista mantenida inicialmente por la Lliga, y personalmente por Cambó, respecto a ella, cuyos efectos no consiguieron paliar las tibias rectificaciones posteriores. Como organización, constituía una forma de "partido-movimiento" especialmente adecuada a lo que E. Ucelay ha llamado el "populismo" [8. Los números entre corchetes hacen referencia a la bibliografía que figura al final de este trabajo] de su programa político. La afiliación indirecta le permitió contar desde su nacimiento con una tupida red de organizaciones sociales, culturales, profesionales, etc. inmersas en la sociedad catalana. El populismo le permitía representar políticamente a esta trama social muy diversa y establecer una relación -vaga, y muchas veces conflictiva, pero extraordinariamente eficaz en momentos decisivos, como en las elecciones del 36, y especialmente en la guerra civil- con el movimiento obrero, su talón de Aquiles, en el cual no consiguió nunca penetrar significativamente. En fin, este populismo favorecía una identificación ideológica con su

base social, capaz de resistir los avatares de la política concreta, que en el caso de ERC, como suele ocurrir en partidos de estas características, se realiza a un nivel muy por debajo, cuando no contradictorio con los gestos y las declaraciones programáticas. El éxito electoral del 12 de abril se explica gracias a estas características.

Este éxito fue seguido de un "gesto" que me parece de gran importancia: la proclamación de la República catalana por Maciá el mismo día 14 de abril. En general, este hecho es más valorado por los militantes -Andreu Nin, por ejemplo, lo considera "el acto más revolucionario realizado el 14 de abril"- que por los historiadores. El gesto tuvo sólo efectos limitados en el curso inmediato de los acontecimientos: la situación fue reconducida rápidamente a la instauración de la Generalitat como régimen pre-autonómico pactado con las autoridades centrales de la República. Pero creo que tuvo efectos muy considerables en las relaciones de ERC con el pueblo catalán. Se trata efectivamente de una afirmación de voluntad hegemónica, de la creación de un hecho legitimador al margen de cualquier legalidad, de un modo homogéneo de acción constituyente republicana que la mayoría popular consideraba estar realizando en la calle (y digamos también, de una afirmación como una dirección política superior respecto a los cabildos y el legalismo de la conjunción republicano-socialista en Madrid). Creo que este gesto es fundamental en la conquista del papel dirigente que ERC tendrá en el campo republicano catalán hasta la derrota y, por otra parte, explica también su aplastante victoria en las elecciones constituyentes¹ en Catalunya.

La situación y la experiencia será totalmente diferente en Euskadi. Aquí las elecciones del día 12 reproducen, como indica J.L. Granja [8] la división tradicional entre las zonas urbanas-industriales en que vence la conjunción republicano-socialista y las zonas rurales, donde vence el carlismo y el PNV. El propio

Granja afirma que la mayoría de Euskadi no era republicana. La Comución Tradicionalista era claramente anti-republicana y, en general, anti-democrática, y contaba con una base de masas especialmente en Navarra identificada con estas ideas. La situación del PNV es más ambigua. No sé qué valor puede darse a la autodefinición del PNV como "republicanos vascos con la enseña de la cruz de Cristo" que, según Tuñón, se hizo en los mítines de la campaña electoral de 1931. En cualquier caso, en la España de los años 30, los dos términos de la definición ("republicanos" y "la cruz") debían ser contradictorios y es probable que para la base del PNV contara más el segundo. La realidad es que el PNV no firmó el Pacto de San Sebastián, ni formaba parte del bloque republicano. La desconfianza, cuando no la hostilidad entre ambos marcaría la historia de la República en Euskadi. El carácter laicista de la ideología republicana y el profundo anticlericalismo del movimiento obrero español de la época, que entraba en contradicción con el papel de la religión en la ideología del nacionalismo vasco, es una de las causas fundamentales de estas relaciones. Pero creo que esta causa opera en unas condiciones que contribuyen a agudizar los conflictos. En primer lugar, el PNV, en palabras de Azaña [14], tenía un "peso relativo en la política general de España" mucho menor que el nacionalismo catalán. Es una forma de aludir a un problema real: la marginación del nacionalismo vasco en los grandes temas españoles de la época. El problema es especialmente importante porque la fuerza vasca que sí había jugado un papel central en estos temas era el socialismo de Prieto, precisamente el principal competidor del PNV en la organización del movimiento obrero vasco, una componente social fundamental de este nacionalismo. En estas condiciones, la incompreensión o el desprecio hacia la cuestión nacional característicos del republicanismo y el socialismo españoles, se expresaba abiertamente en las relaciones con el PNV.

EL PROCESO ESTATUTARIO

LAS DIFERENCIAS EN EL PUNTO DE PARTIDA iban a afectar decisivamente a los respectivos procesos estatutarios.

En el caso catalán, la trayectoria, es relativamente simple y rápida. ERC tiene una clara voluntad de consenso y la defensa del proyecto de Nuria² es puramente testimonial; en seguida acepta el texto propuesto por la Comisión parlamentaria. Tras la "sanjurjada", el texto es aprobado en un clima de "unidad republicana" muy alto.

Por el contrario, en el caso vasco el camino es muy tortuoso, no llegará a buen término y creará heridas profundas que inciden en la situación conflictiva a que me he referido anteriormente. En varios momentos puede apreciarse por una parte, la debilidad y la desorientación política del PNV; por otra parte, las agresiones contra él y los errores, a veces muy graves, del bloque republicano, en el que hay que destacar las oscilaciones de Prieto.

La alianza del PNV con la Comución Tradicionalista en torno al estatuto de Estella³ solo puede entenderse como reacción frente a la actitud represiva del bloque republicano y refleja una conciencia nacional bastante primaria, en aquellos momentos, por parte de la dirección del nacionalismo vasco. No sólo el proyecto estaba destinado al fracaso, sino que además no era difícil prever que el aliado carlista cambiaría de campo, más bien pronto que tarde. Creo que un momento decisivo fue el debate sobre el nuevo proyecto de la Comisión parlamentaria en la primavera del 32. No le falta razón a Aguirre cuando se refiere amargamente al curso muy diferente que podrían haber tomado los acontecimientos si lo que llama "demócratas" -aunque creo que se refiere especialmente a los socialistas- hubieran tomado una actitud diferente en Navarra [11, p.934]. Efectivamente un frente común del bloque republicano y del PNV, en todo Euskadi, por el estatuto podría haber conseguido

su aprobación y tras ella una vía legal similar al caso catalán. Pero sobre todo, se hubieran creado ya en estos momentos unas relaciones entre ambas fuerzas muy diferentes a las que se dieron efectivamente en los años posteriores. En realidad, la situación se haría aún más grave cuando la izquierda llamó a la abstención en el referéndum del 33. En este caso, la actitud de Prieto, que unos meses antes era favorable a la rápida tramitación en Cortes del estatuto vasco, me parece sintomática de la posición del socialismo vasco respecto a la cuestión nacional, que es otro de los factores determinantes del curso de los acontecimientos en Euskadi. Esta posición está influida, desde luego, por la competencia política aguda entre socialistas y nacionalistas, basada, además, sobre diferencias sociales e ideológicas muy fuertes. Pero no creo que pueda decirse que el socialismo prietista era "hostil" respecto a la cuestión nacional vasca. Prieto, que por algo era el más coherente y "moderno" de los dirigentes políticos socialistas de los años 30, tenía respecto a la cuestión nacional una posición de ajeneidad: consideraba que éste era el tema, de "otra" fuerza política y de un sector de la sociedad vasca ajeno al "verdadero" movimiento obrero. En modo alguno se planteaba, dándole un contenido propio, los objetivos de emancipación nacional. Para él, la cuestión era puramente táctica ligada a las necesidades de gobernabilidad del Estado y, más secundariamente, a objetivos electorales en Euskadi. Desde esta posición creo que pueden entenderse los vaivenes del socialismo vasco respecto al estatuto, que contribuyeron a reforzar las barreras que separaban tradicionalmente a los sectores populares socialistas y nacionalistas.

Tras el referéndum del 33 la situación del estatuto vasco quedará bloqueada hasta la victoria del Frente Popular⁴.

OCTUBRE DE 1934

DE LOS IMPORTANTES ACONTECIMIENTOS DE OCTUBRE del 34 sólo

me interesa destacar, para los objetivos de este trabajo, cómo influyeron en las relaciones entre el movimiento obrero y los nacionalistas. También en este caso, las experiencias en Catalunya y Euskadi son muy diferentes.

En Catalunya, existen tres polos de referencia:

- la Alianza Obrera, que intenta, y no consigue, desarrollar una Huelga General de dinámica insurreccional que sólo tuvo lugar en algunas comarcas. Pese a su fracaso global, de esta experiencia surgirá la corriente comunista, que va a crear a finales del 35 el POUM, un partido que desempeñará un papel central durante la guerra en Catalunya;

- la CNT que mantendrá una posición entre abstencionista y boicoteadora respecto a la Huelga, en condiciones de enfrentamiento agudo con ERC;

- el Gobierno catalán, dirigido por ERC, que será a fin de cuentas quien dicte el curso de los acontecimientos, reduciéndolos a una efímera proclama política y, en cierto sentido, una repetición como farsa, del gesto de Maciá en abril de 1931.

Se reflejan así los dos elementos característicos de la situación política catalana; hegemonía política de ERC, que actúa como una fuerza autónoma dentro del campo republicano; hegemonía en el movimiento obrero de la CNT, que sigue su propio camino, fuertemente enfrentado en estos momentos a la orientación política general de la izquierda.

En Euskadi, se produce una Huelga General bastante considerable, pese a una posición de abstención del PNV y de STV. Durante mucho tiempo se ha considerado que, en realidad, STV participó muy ampliamente en la Huelga, frente a la línea del PNV: ésta es por ejemplo la posición de Ortzi [2].

J.L. Granja da una explicación de los hechos mucho más matizada, reduciendo la participación activa de STV a la zona industrial de la margen izquierda del Nervión. El dato me parece significativo y me referiré a él más adelante. También hay que

destacar esa posición de abstención del PNV que refleja más una voluntad (y desde luego el sentimiento de considerarse "neutrales" en un enfrentamiento entre derecha e izquierda, máxime cuando está hegemonizado por el movimiento obrero), que una posibilidad real, como se comprobaría en las consecuencias de la derrota del 34. En fin, hay que señalar también que en estos acontecimientos se produce un giro en la línea del pequeño PC vasco, hacia una política menos sectaria y más abierta hacia la cuestión nacional, hasta el punto de adoptar una posición de apoyo al estatuto del 33. Como ha señalado Antonio Elorza⁵, en un artículo de la revista *Hemen eta Orain* nº13, este giro no produjo grandes efectos a corto plazo, pero permitió que el PCE empezara a jugar un papel en la política vasca, que llegaría a ser de una importancia mayor que sus dimensiones organizativas en el transcurso de la guerra.

En fin, la represión que se cebó después de octubre, especialmente en el movimiento obrero en su conjunto, pero también en las fuerzas nacionalistas, contribuyó sin duda a clarificar la situación de la cuestión nacional en la República, y a establecer lazos de solidaridad entre las diferentes corrientes políticas y sindicales que soportaban juntas la prisión. En Catalunya, puede decirse que la clarificación era innecesaria: existía ya una hostilidad entre los diferentes sectores populares nacionalistas y obreros hacia las derechas republicanas; en cualquier caso, la suspensión del Estatuto y el encarcelamiento del Gobierno catalán terminó de definir los campos. En Euskadi, la clarificación sí era necesaria e incluso puede decirse que avanzó menos de lo que podía esperarse, a juzgar por las vacilaciones del PNV ante el estallido de la guerra, que veremos en el capítulo siguiente. Pero aquí se crean las condiciones para la posterior aproximación entre el PNV y las organizaciones que conformarían el Frente Popular, que tendría lugar tras las elecciones de febrero del 36.

LAS ELECCIONES DE FEBRERO DEL 36

PARA TERMINAR ESTE CAPÍTULO, UNOS BREVES comentarios sobre estas elecciones, en las que nuevamente aparecen diferencias claras entre Catalunya y Euskadi.

El programa central del que ha sido llamado Frente Popular incluía el restablecimiento del estatuto catalán. Esto da una idea de la importancia que el conjunto de las fuerzas republicanas y de izquierda, daban a Catalunya y contribuyó a la fuerza que demostró tener allí el bloque electoral Front d'Esquerres, claramente hegemonizado por ERC. La victoria electoral fue importante, especialmente en Barcelona, donde obtuvo aproximadamente un 64% de los votos (por cierto, que su oponente, el Front d'Ordre, dirigido por la Lliga, obtuviera el 36% da una idea de que la derecha nacionalista no era una fuerza insignificante, ni mucho menos; por ello es aún más llamativa su práctica desaparición como fuerza activa desde el comienzo de la guerra).

En Euskadi, la batalla se dio a tres bandas, que terminaron configurando fuerzas parlamentarias similares: el PNV, tras recuperarse en la segunda vuelta de sus malos resultados de febrero, obtuvo 9 diputados; la derecha, 8 (siete de los cuales en Navarra) y el Frente Popular siete. Por provincias, PNV y Frente Popular se reparten los escaños de Vizcaya y Guipúzcoa; en Álava hay uno del FP y uno de la derecha; en Navarra, todos son de la derecha. Si se suele decir que las elecciones son un reflejo deformado de la realidad social, en este caso, tal como se desarrollaron los acontecimientos, la deformación fue muy pequeña.

Pese a ir separados en las elecciones, y a que el programa constituyente del Frente Popular ignorara olímpicamente el problema estatutario de Euskadi (que sí se incluyó en la plataforma electoral de la coalición en Euskadi, que, en estas condiciones, probablemente apareció como una simple cuestión

electoralista), el resultado de las elecciones y la dinámica de polarización que se abrió tras ella, favorecieron que se recuperara el proyecto de Estatuto de Autonomía, en un clima de colaboración entre el PNV y la dirección del Frente Popular, en especial, como cabía esperar, Prieto. Este recurrió a su fórmula pragmática, que vale por todo un programa, para resolver el problema: un estatuto breve y lo más parecido al catalán. La guerra interrumpió el trámite parlamentario.

Como conclusión, quisiera insistir en una idea que aparece a lo largo de todos estos acontecimientos; la diferencia en el "centro de gravedad" político en Euskadi y Catalunya, que tiene en mi opinión mucha más importancia que las similitudes sociales y políticas que pueden encontrarse entre ambas naciones.

En Catalunya, la derecha centralista es muy débil; la derecha nacionalista tiene peso electoral, pero está derrotada políticamente por ERC; la fuerza hegemónica nacionalista es una organización claramente republicana, populista en el sentido que planteamos al principio; la fuerza hegemónica obrera es la CNT; la fuerza más importante marxista es el POUM, una organización revolucionaria y antiestalinista. De estas coordenadas surge un centro de gravedad orientado claramente hacia la izquierda.

En Euskadi, la derecha anti-republicana es muy fuerte en Navarra y tiene peso también en Álava; es mucho más débil en las otras provincias vascas. La organización nacionalista hegemónica, el PNV, puede considerarse de "centro", con todas las ambigüedades asociadas a este término. La organización hegemónica en el movimiento obrero es el socialismo prietista, considerado también el "centro" del PSOE, cuya línea general está claramente identificada con propuestas de reforma dentro de la legalidad republicana y es decididamente hostil a las corrientes de izquierda revolucionaria, muy minoritarias en Euskadi. El

centro de gravedad queda así muy a la derecha del que he planteado para Catalunya.

Creo que las dinámicas sociales y políticas, tan diferentes en uno y otro caso, en la guerra civil tienen que ver con esta diferencia, sumariamente descrita, en el punto de partida.

1. El 28 de junio de 1931 tuvieron lugar las elecciones a Cortes Constituyentes. El bloque republicano-socialista obtuvo una victoria aplastante, amplificada por el sistema electoral mayoritario (aproximadamente el 63% de los escaños parlamentarios). El PCE presentó listas propias y obtuvo 190.605 votos (0,4 %) concentrados en Andalucía (más de 100.000) y cerca de 50.000 en Asturias.

2. Una comisión nombrada por la Generalitat elaboró en el Hotel refugio de Nuria un proyecto de estatuto que fue sometido a referéndum el 2 de agosto de 1931, siendo aprobado por el 75% del censo y el 99% de los votantes. Este proyecto fue notablemente recortado en las Cortes, que promulgaron esta versión corregida en septiembre de 1932.

3. En la primavera de 1931, el movimiento de alcaldes por la autonomía que lideraba José Antonio Aguirre, alcalde de Guecho (Vizcaya), promovido por el PNV y apoyado por tradicionalistas y católicos independientes, que comprendía a la gran mayoría de los municipios vascos (salvo las capitales y poblaciones más importantes, donde en general había mayoría de izquierdas), encargó a la Sociedad de Estudios Vascos la elaboración de un proyecto de Estatuto. El proyecto fue posteriormente enmendado, en un sentido derechista (particularmente, por el establecimiento de relaciones diplomáticas independientes con el Vaticano, medida orientada a anular las disposiciones laicistas de la República, y por la privación del derecho de voto a los emigrantes). El resultado se conoce como Estatuto de Estella, que fue aprobado en esta localidad navarra el 14 de junio por los representantes de 480 municipios vascos, aproximadamente tres cuartas partes de los ayuntamientos, en los que vivía poco más de tres cuartas partes de la población de Euskadi.

4. En la primavera del 32 una comisión de las Cortes elaboró un nuevo proyecto de Estatuto, que fue apoyado plenamente por el PNV y también, aunque de una manera menos entusiasta, por republicanos y socialistas, que además, y sobre todo, se oponían a él en Navarra. La Comunidad Tradicionalista, que se había reunificado a principios de año acentuando su orientación reaccionaria, se negó a participar en la elaboración del proyecto. El 19 de junio, el proyecto fue sometido a consideración de los ayuntamientos, obteniendo una aprobación prácticamente unánime, salvo en Navarra, donde hubo 109 a favor, 123 en contra y 35 abstenciones. Navarra quedó así fuera del territorio estatutario, cuestión cuyas consecuencias lle-

gan hasta la actualidad. Este hecho provocó la ruptura entre nacionalistas y tradicionalistas. El referéndum sobre el Estatuto tuvo lugar el 5 de noviembre de 1933. En Vizcaya y Guipúzcoa la aprobación fue masiva. No así en Álava, donde sólo obtuvo un 46,5% de votos, 12% fueron negativos y 41,5% abstenciones. Como el resultado en el conjunto de las tres provincias daba una votación positiva superior a los dos tercios del electorado, el Estatuto quedó aprobado, aunque no fue promulgado; la victoria de las derechas en las elecciones generales, que tuvieron lugar el 19 de noviembre, permitió el bloqueo del texto en las Cortes.

5. Historiador de gran calidad, políticamente próximo a los sectores "renovadores" del PCE. La revista Hemen eta Orain fue el órgano político del PC de Euskadi. La fecha del artículo es el segundo semestre de 1980.

II. Julio-octubre 1936: La reconstrucción del poder republicano

"SE TRATABA PUES DE UNA SUBLEVACIÓN CONTRA LA Constitución republicana de 1931, de la cual formaba parte esencial -y esto conviene no olvidarlo- el régimen de autonomías [...] la defensa de la legalidad republicana suponía para los vascos, al mismo tiempo, la lucha por defender la democracia y por defender la autonomía" [1.21-22]. Esta interpretación de Tuñón sobre el "alzamiento" y las reacciones frente a él plantea, en mi opinión, serios problemas para la comprensión de la guerra civil, en general, y los acontecimientos en Euskadi y Catalunya, en particular.

Creo que el aglutinante fundamental, la causa común de las fuerzas sociales, políticas y militares que se sumaron al "alzamiento" fue impedir una revolución de tipo socialista (naturalmente, las precisiones sobre la naturaleza política de esa revolución amenazante no importaban mucho; la podían llamar marxista, o anarquista, o bolchevique, o comunista), que consideraban al borde de la victoria en la España del Frente Popular. En este sentido, fue una contrarrevolución; derribó el régimen existente allí donde triunfó, pero su objetivo y su enemigo estaba más allá de la República.

Y es significativo que, donde el golpe fracasó, fue porque

se le respondió con un proceso revolucionario, de características desiguales, pero basado, con muy pocas excepciones (veremos enseguida la situación en Vizcaya) en milicias creadas por el movimiento obrero. En los primeros días tras el 18 de julio se produjo un desmoronamiento general del régimen republicano en todo el territorio en que fracasa el "alzamiento". Pienso que este debe ser el marco de referencia para el análisis de los hechos posteriores.

Ahora bien, como señala Granja, si la cuestión nacional no fue "causa determinante" de la guerra civil, sí formó parte de la ideología del golpe militar, desde tiempo antes a que se produjera. El "nacionalismo español", parte integrante de la cultura tradicional de las derechas, cobró una fuerza particular, tanto por la influencia de la ola reaccionaria europea impulsada por el ascenso de los movimientos fascistas, como por el papel protagonista del ejército en el "alzamiento" y la necesidad de imponer la disciplina ideológica a las diversas fuerzas que lo apoyaban. La hostilidad a los nacionalismos catalán y vasco, incluso en sus formas más moderadas, fue manifiesta desde el primer momento y sin la menor duda. Pero hay que añadir que incluso en este terreno, el enemigo de la "Patria española" era identificado más como "comunista", que como "separatista", por no decir "republicano". La tan repetida frase de Calvo Sotelo, "antes una España roja, que una España rota", revela más las notables cualidades demagógicas de su autor que una real convicción, esto es al menos lo que indica su línea general de actuación política.

A la vez, el destino de la República y de los estatutos estaban íntimamente ligados. Donde se había desmoronado el régimen republicano, las instituciones autonómicas se habían debilitado extremadamente con él; es el caso de Catalunya. Y en Catalunya, como en Euskadi, la reconstrucción del poder republicano se basará en la recuperación o instauración de regíme-

nes autonómicos. Es interesante analizar, y trataré de hacerlo más adelante, la contradicción en las relaciones del gobierno republicano central y los gobiernos autonómicos en el terreno jurídico y en el terreno político: mientras que en el primero está definida la complementariedad entre ambos, en el terreno político el reforzamiento del gobierno republicano central se irá haciendo a expensas de los poderes autonómicos formalmente reconocidos.

Y en fin, el movimiento revolucionario de las primeras semanas de la guerra que logró derrotar al alzamiento tuvo un muy débil contenido de reivindicación nacional y de defensa de la "legalidad republicana". El papel posterior de la cuestión nacional en la lucha contra el golpe militar fue muy complejo y, una vez más, muy diferente en Euskadi y en Catalunya.

EUSKADI

COMO YA SE HA SEÑALADO, CUANDO ESTALLA la guerra el estatuto vasco se encuentra en su fase parlamentaria final para su aprobación en Madrid. Se han creado así las bases para superar los conflictos entre el PNV y la República que han caracterizado las relaciones entre ambos desde 1931 (me refiero a los conflictos político-institucionales, porque las desconfianzas y las distancias ideológicas con el gobierno del Frente Popular seguirán siendo muy grandes). Pero aún no existen instituciones autonómicas y, por ello mismo, las instituciones republicanas son extremadamente débiles en el territorio estatutario. En Navarra, están ampliamente deslegitimadas.

En estas condiciones, Euskadi se parte el 18 de julio. El alzamiento triunfa en Navarra y Álava y fracasa en Vizcaya y Guipúzcoa. Como dice Granja, hay una guerra civil dentro de la propia Euskadi. Y podría añadirse que existe también dentro del PNV.

En realidad, el estallido es tan profundo que, además de

la división fundamental en dos campos, cada provincia vive una situación política diferente. Navarra es el lugar donde el alzamiento cuenta con una más amplia y organizada base social, gracias a la Compañía Tradicionalista; aquí la victoria del golpe es fulminante y encuentra muy poca resistencia, lo que no evitará una represión particularmente brutal que sólo se ha conocido recientemente. En Álava, hay una cierta resistencia obrera y la victoria de Alonso Vega tiene más que ver con razones militares, que con los apoyos sociales, mucho más débiles en todo caso que los de Navarra.

En Guipúzcoa, tras sofocar los intentos de las tropas de Carrasco Amilibia⁶ de sumarse al golpe, se entró inmediatamente en guerra contra las tropas enviadas por Mola desde Navarra. Aquí fueron las milicias obreras, sobre todo comunistas y anarquistas, los protagonistas de la resistencia militar, pero no consiguieron organizar un poder político, aún embrionario, con alguna capacidad de organización y centralización a nivel provincial: las juntas locales fueron, en este sentido, insignificantes. Quizás los comunistas, que tenían en su dirección provincial a los cuadros más sensibles a la cuestión nacional - Astigarrabía y Larrañaga, el autor de una réplica a Calvo Sotelo insólita en su corriente política: "Una España roja es una España rota" [11]- tuvieron algún proyecto político en este sentido, aunque no he encontrado documentos claros sobre ello, pero eran muy débiles para llevarla a efecto. La falta de dirección política sobre el esfuerzo militar es patente en el libro del militante anarquista Manuel Chiapuso, que se refiere a la retirada en estos términos: "Se operaba como si fuéramos a volver al día siguiente" [11.28]. Aunque quizás Chiapuso tiene como modelo alternativo la tradicional política anarquista de "tierra quemada" en las retiradas, su juicio da una idea general de la desorientación existente, que coincide con otros testimonios.

Creo que la evolución de los acontecimientos es más

confusa en Vizcaya. En general, los textos tratan muy rápidamente la situación anterior a la constitución de la Junta. Me sorprende que nadie, entre lo que he leído, tome en consideración las opiniones de José María Arenillas, que es cierto que militaba en una organización como el POUM, prácticamente inexistente en Euskadi, pero que me parece una persona seria y bien situada, como secretario de la Junta de Vizcaya, para conocer los acontecimientos. En el artículo que he leído de él [10], se diseña una situación muy diferente a la que aparece en los trabajos más conocidos sobre la guerra en Euskadi. Veamos los puntos más significativos:

1) También en Vizcaya se produjo un colapso del poder republicano. El gobernador Echevarría Novoa careció de autoridad efectiva hasta la constitución de la Junta, el 12 de agosto. En cuanto a la lealtad de la guarnición militar, fue sobre todo un producto de la relación de fuerzas impuesta por la movilización obrera; incluso llegó a producirse un intento de sublevación de sectores de la guarnición y de la guardia civil (Arenillas no da la fecha ni indicaciones más amplias de este intento). En lo que se refiere a la guarnición, esta visión de los hechos coincide con la de Chiapuso [11.44] que se refiere a las "fugas" de oficiales del ejército y la guardia civil al bando enemigo.

2) Se constituyeron desde el primer momento columnas obreras que llegaron a movilizarse para la defensa de la ciudad ante la noticia de que marchaban sobre ella tropas de Vitoria. En la propia ciudad se constituyeron patrullas de vigilancia y control y tribunales populares. Este movimiento culminó en lo que Arenillas llama "las Comisarías", así en plural, como "una especie de poder" en el cual el gobernador no ocupaba ningún papel activo. Las Comisarías instituyeron delegaciones en los pueblos de la provincia. Arenillas llama "Consejo de Comisarios" al organismo dirigente; parece que Fusi se refiere al mismo con el nombre de "Comité de Defensa de la República"

[5] y Garmendia habla de "una Junta en torno al gobernador civil". Por otra parte, según Arenillas, ese Consejo estaba compuesto por representantes de los partidos del Frente Popular y de la CNT; por el contrario, según Fusi, el Comité estaba integrado por los representantes de los partidos del Frente Popular y un representante del PNV; Garmendia parece compartir esta idea porque plantea aquí la idea de aparición de "una especie de Frente Nacional Democrático" [7.20], un término que otros autores refieren más bien a la constitución del gobierno vasco, y a la que nos referiremos más adelante.

3) La presencia o no en el organismo del PNV tiene cierta importancia. Según Arenillas la política del PNV consistió en presionar sobre el gobernador precisamente para poner fin a "las Comisarías" y establecer la Junta de Defensa, lo que se realizó el 12 de agosto. Arenillas pone como ejemplo del significado de "normalización política" de la entrada en funciones de la Junta, la concesión de un crédito por la Banca, que le había sido negado a "las Comisarías".

4) En fin, Arenillas sitúa en la constitución de la Junta el comienzo de la ocupación por parte del PNV del aparato de Estado en reconstrucción ("se incorporó mucha más gente, y como obedeciendo a un plan preconcebido, la inmensa mayoría de los burócratas pertenecen al PNV" [10.15]). Tendremos ocasión de volver sobre este asunto más adelante.

No tengo elementos de juicio para valorar si la realidad correspondió a la versión de Arenillas o si su punto de vista estuvo excesivamente influido por sus deseos como militante revolucionario. Me extraña, en todo caso, la poca atención que se da en otros autores a las semanas anteriores a la constitución de la Junta, una etapa breve pero que, en general, corresponde a los momentos más revolucionarios de la guerra civil. En resumen, volviendo a nuestro punto de partida, tenemos una

situación política fragmentada en la Euskadi republicana. El movimiento obrero, protagonista en la calle, no está en condiciones de aparecer como la fuerza hegemónica y dar alguna expresión institucional a la situación, como ocurrirá en Catalunya. En Euskadi, anarquistas y comunistas son relativamente débiles, el POUM prácticamente no existe y la propia crisis del poder republicano deja a los socialistas -fuerza obrera hegemónica- sin su instrumento fundamental. En estas condiciones, el PNV va a ocupar un lugar decisivo.

A priori, considerando la situación inmediatamente anterior al estallido de la guerra, parece absurdo que los sublevados tuvieran ilusiones en una posible neutralidad del PNV; la interpretación de la guerra de Tuñón, a que nos referimos al principio, abona esta idea de un compromiso claro y sin vacilaciones de los nacionalistas en el campo republicano, como resultado de una, digamos, tendencia natural. En la realidad, parece que la tendencia dominante correspondió con el contenido de estas crudas palabras de Ajuriaguerra: "Tenía la esperanza de escuchar alguna noticia que nos ahorrara el tener que tomar una decisión: que uno u otro bando ya hubiese ganado la partida"[6.66]. Impresiona, la ajeneidad hacia la guerra que se revela en estas palabras, corroboradas por otros testimonios del campo nacionalista [6.260]. Desde este estado de espíritu, me parece coherente que el comportamiento inicial del PNV estuviera determinado por las relaciones de fuerzas: donde triunfa el alzamiento, el PNV adoptará una posición llamada, con mucho eufemismo, de "neutralidad", y en donde fracasa, se mantendrá en el campo republicano, con una serie de puntos específicos que vamos a tratar.

Es interesante destacar algunos aspectos de la posición adoptada por el PNV en Navarra y Álava. En Navarra, la posición hecha pública el día 23 no deja lugar a dudas y, según Garmendia, no parece deberse a presiones de Mola: la nota

incluye una desautorización expresa de la posición adoptada por el BBB⁷ a la que nos referiremos más adelante y su contenido tiene más el carácter de un "apoyo crítico" a los sublevados (esta es la función que cumple, al menos objetivamente, la declaración sobre su "ideología fervientemente católica y fuerista"), que de neutralidad. Tal "neutralidad" era por otra parte imposible una vez que la sublevación había triunfado. En Álava sí parece que existieron presiones determinantes en el contenido de la nota del ABB; pero existieron también presiones de signo muy distinto en la carta de Landáburu a Aguirre, por más que éste se excuse por haber sido, a su vez, presionado por las autoridades militares.

Es cierto que en ambas provincias la victoria del alzamiento era un hecho y no había posibilidad de organizar una resistencia capaz de modificar la situación a corto ni a medio plazo. No por ello el comportamiento del PNV deja de ser política y moralmente injustificable. Muy diferente es la posición en Guipúzcoa y Vizcaya. El mismo día 18 de julio, cuando el desarrollo de la situación en Guipúzcoa no estaba nada claro, los diputados nacionalistas en las Cortes españolas Irujo y Lasarte difundieron una declaración de lealtad republicana, sin ningún adjetivo o matiz nacionalista. Pero este punto de vista parece bastante excepcional entre los nacionalistas. A la vista del comportamiento posterior del PNV, hay que considerar más representativa la declaración del BBB⁸ (atribuida normalmente al EBB), que aunque se mantiene fundamentalmente en términos de lealtad republicana, introduce una referencia nacional vasca en la frase final. Conviene complementar esta posición oficial con las opiniones de Ajuriaguerra⁹, el principal dirigente nacionalista en Vizcaya, a las que me referí anteriormente. En estas declaraciones hay que destacar tres aspectos:

1) el primero, el papel que cumple la valoración de la postura de uno y otro campo respecto al estatuto; la experien-

cia de los acontecimientos posteriores a octubre del 34 y las negociaciones en curso con el gobierno del Frente Popular a punto de culminar sobre el estatuto han tenido, en este aspecto, una influencia determinante.

2) El segundo, el carácter "poco entusiasta", al decir de Ajuriaguerra, de la decisión, determinada por razones estrictamente nacionalistas; en el capítulo final veremos que Ajuriaguerra no abandonó este punto de vista, ni en las circunstancias más dramáticas.

3) Y el tercero, la referencia a que las bases del PNV "se habrían opuesto" a la decisión alternativa.

Este último punto me parece especialmente interesante. En Álava y Navarra no parece que la posición adoptada haya provocado ninguna reacción de base significativa; hubo más bien, en algunos casos y al cabo de algún tiempo, incorporaciones a los sublevados. Si admitimos que tal presión existía en Guipúzcoa y Vizcaya -y Ajuriaguerra no parece un hombre proclive a inventarse argumentos para buscar excusas a su comportamiento político- puede haberse originado por la existencia allí de la más amplia base popular del partido; quizás había también relaciones más solidarias con sectores obreros de izquierda desde el 34; quizás un cierto impacto de la campaña electoral del Frente Popular en el 36, que, recordemos, incluía expresamente la demanda estatutaria. Todo ello, por supuesto, en las condiciones de la derrota de la sublevación. Granja insiste [1,79] en el carácter de "coincidencia táctica contra algo", más que de "alianza propiamente dicha en base a un programa común", como caracterización de la posición del PNV en estos primeros días; esta posición está afirmada expresamente en documentos nacionalistas que él mismo cita. Tengo la impresión de que hay algo más que "coincidencia", aunque desde luego no hay todavía "programa común". Me llama mucho la

atención la capacidad de resistencia a la pastoral *Non Licet*¹⁰, cuyo efecto debió ser enorme en las filas nacionalistas (máxime teniendo en cuenta que todavía no se había hecho la experiencia de la represión de los sublevados contra los militantes nacionalistas, incluyendo a sacerdotes). Hay que recordar también la presión directa, más débil de la que habrá más adelante pero en todo caso considerable, del Vaticano. En estas condiciones, el hecho mismo de que sectores considerables del clero vasco próximo al nacionalismo apoyara la posición del PNV y también el contenido del documento¹¹ entregado por Onaindía a la Secretaría de Estado vaticana [4. 97-98] creo que van más allá de la "coincidencia táctica", en cuanto revelan expresiones de solidaridad y acuerdo político más amplio con las demás fuerzas del campo republicano. Es claro, en todo caso, que hay un cambio profundo en la situación antes y después de la instauración del Gobierno Vasco.

El apoyo político expresado al campo republicano no significa un compromiso real del PNV en el esfuerzo de guerra. El retraso en la constitución de las milicias en Guipúzcoa permite hablar de "pasividad"; otros muchos datos de esta etapa, especialmente en Guipúzcoa donde la exigencia de compromiso militar efectivo era una cuestión de vida o muerte, van en el mismo sentido, pero a partir del momento en que el PNV empieza a activarse, creo que revela un notable sentido de Estado, una idea de ir creando las condiciones para su propio poder, que está muy lejos de la imagen de partido un tanto "aldeano" que le adjudican implícitamente muchos comentaristas. Así por ejemplo, situar como objetivo esencial preservar el orden público "gravemente amenazado por el peligro rojo" [1.80] no sólo resulta coherente con la necesidad de dar seguridad e identidad política a su propia base, sino que además significaba combatir al ala izquierda del movimiento popular, especialmente a los anarquistas, lo que era muy útil para allanar el camino al

futuro gobierno nacionalista. El establecimiento de canales propios para la compra de armas, y también relaciones diplomáticas directas con el Vaticano, van en el mismo sentido.

Es razonable que el desarrollo de la guerra creara una presión dentro del PNV para la constitución de un gobierno, teniendo en cuenta además la parálisis de hecho en que se encontraba el proceso estatutario. Ortzi [2.180] se refiere a presiones de las milicias en este sentido a primeros de septiembre, e incluso a una propuesta de Irujo de formar un gobierno basado en las Juntas, propuesta que me parece poco razonable dado el papel muy minoritario de los nacionalistas en ellas.

En cualquier caso, la constitución del gobierno de Largo Caballero cambia por completo la situación. Creo que acierta Fusi [5.153] cuando establece un paralelismo entre el gobierno Largo Caballero y el futuro gobierno Aguirre afirmando que "significó la reaparición del poder de Estado, la restauración de la autoridad y del aparato gubernativo y el restablecimiento del funcionamiento de las instituciones públicas". De la especial atención que Largo Caballero daba al restablecimiento del funcionamiento "normal" del aparato de Estado da buena cuenta que quisiera seguir todas las formalidades reglamentarias para la aprobación del estatuto, pese a la urgencia angustiosa de la situación en el Norte.

Lo fundamental del estatuto no es su articulado formal, sino que significa la entrega del poder al PNV. Koldo San Sebastián recoge la opinión de un historiador como García Venero, de fiabilidad más bien dudosa, según la cual la designación de Aguirre como presidente fue "convenida" en Madrid [1.97]. Arenillas dice por su parte que el gobierno Aguirre fue pactado entre Prieto y el propio Aguirre [10.106]. Es seguro que hubo negociaciones y alguna forma de consenso. Pero en la base del consenso estaba que el PNV controlaría los resortes fundamentales del gobierno, lo cual era especialmente impor-

tante, porque la misma situación de guerra iba a dar un poder de decisión al gobierno vasco mucho más allá del establecido formalmente en el estatuto.

En fin, es interesante destacar que el estatuto es presentado por el PNV al pueblo vasco¹² marcado completamente con su propia ideología ("meta ocasional, escalón de libertad"), por más que luego se hagan proclamas de voluntad hegemonzadora ("no es una aspiración nacionalista... sino obra de todos..."). La referencia competitiva al estatuto catalán queda para el anecdotario de la historia.

Con la entrada en funciones del Gobierno Vasco, el poder republicano se ha reconstruido en una Euskadi reducida al territorio de Vizcaya.

CATALUNYA

EN ESOS TRES DÍAS DE JULIO, QUE FUERON decisivos para que el golpe militar fracasara y se iniciaran tres años de guerra civil, se crea una situación en Catalunya radicalmente diferente a la de Euskadi. La diferencia en el "centro de la gravedad" político en una y otra nación que planteé en el punto anterior, va a reflejarse en una configuración social, política y militar divergente.

En el terreno militar, es significativo que el jefe del alzamiento en Catalunya debe ser importado de Baleares. No es simplemente producto del azar que el capitán general de Catalunya Llano de la Encomienda, al que veremos en el capítulo siguiente tratando de ejercer de jefe militar en la guerra del Norte, fuera un hombre leal a la República; la propia existencia del gobierno de la Generalitat obligaba a una atención especial en los nombramientos militares. El hecho es que Llano desempeñaría un papel apreciable obstaculizando los planes del hombre de los sublevados, el general Goded. Además, la Generalitat tenía transferidas las competencias de orden público, y el comisario que mandaba estas fuerzas, Escofet, llevaba ya tiempo

desarrollando iniciativas preventivas anti-golpistas que tuvieron una eficacia considerable. Aunque fue la insurrección obrera y popular la protagonista militar de la derrota del alzamiento en Catalunya, no cabe duda que el comportamiento de la policía autonómica, los Mossos d'Esquadra, los guardias de asalto, y de los guardias civiles mandados por el coronel Escobar, fue determinante en la rapidez con que se desarrollaron los acontecimientos y la derrota aplastante de los sublevados. En cualquier caso, hay que insistir en el carácter decisivo de la insurrección, es decir, de un muy amplio armamento de masas, por medio del asalto a cuarteles y depósitos de armas, pese a todos los esfuerzos por impedirlo de la Generalitat. No sólo militarmente, sino también políticamente, aquí estuvo la clave de los acontecimientos posteriores.

En el terreno de los apoyos sociales a uno y otro campo, llama la atención la extrema debilidad de los sublevados, Pelai Pagès recoge cifras ampliamente aceptadas según las cuales la Comunità Tradicionalista había ofrecida a Goded 700 hombres en Barcelona y 5.000 en toda Catalunya para sumarse al golpe; la Lliga no contaba para los golpistas por desconfianza política y ella misma hubiera tenido dificultades enormes para comprometerse del lado de los alzados en la guerra civil; su comportamiento se orientó más bien a buscar compromisos con Companys. Por el contrario, en el otro campo se encontraba la gran mayoría del pueblo catalán, tanto de la población urbana como de la población campesina. Los avatares de la Ley de Contratos de Cultivo¹³ habían producido una notable radicalización entre los campesinos catalanes, que no sólo se situaron masivamente contra el alzamiento, sino que desbordaron a su tradicional dirección política, ERC.

En fin, la guerra va a modificar profundamente la situación de las instituciones y de las relaciones de fuerzas políticas. Desde febrero del 36, aunque ERC mantenía su posición predom-

minante en la Generalitat, estaba sufriendo un deterioro de su base social; la radicalización de la Unió de Rabassaires, a la que acabo de referirme, era su expresión más notable. La excepcional legitimidad popular característica de la Generalitat, se había debilitado como efecto de la polarización política y social española de los primeros meses del 36.

Ante el problema de la amenaza de golpe y cómo hacerle frente, Companys actúa con eficacia, pero con medios parlamentarios. Mientras tanto, la CNT por medio de su Comité de Defensa Confederada, integrado por sus más importantes dirigentes, venía preparando la respuesta al golpe por vías insurreccionales, extraparlamentarias. El POUM, con fuerzas más débiles, pero con un peso político considerable, se orientaba en la misma dirección. Más allá de las tareas militares, ambas organizaciones difundían el mensaje político de que frente al golpe que amenazaba, la respuesta era "la revolución". "Revolución" no significaba lo mismo para la CNT y el POUM y, como veremos inmediatamente, ninguna de las dos organizaciones tenían claridad sobre las tareas revolucionarias decisivas, salvo una: para hacer la revolución es necesario el armamento popular generalizado; ésta era una de las enseñanzas básicas que habían quedado de octubre del 34.

En la dura experiencia práctica de los tres días de julio, triunfó la insurrección, es decir la vía extraparlamentaria, basada en el poder armado de "la calle". Por eso la organización que había desempeñado el papel decisivo en ella, la CNT, se hizo can el papel político central, mientras la Generalitat se desmoronaba.

Se estuvo al borde de una revolución en el sentido más estricto del término, es decir, el paso del poder político de una clase social a otra. Pero el borde no fue traspasado. Durante más de dos meses se creó una situación de "doble poder" de características completamente excepcionales.

Creo que para comprender los hechos hay que empezar planteando cómo se institucionalizó ese "doble poder". Seguiremos en este tema a Bollothen [13.517 y ss], que da la versión más documentada, entre las que yo conozco.

El 20 de julio una delegación de la CNT "armados hasta los dientes" acuden al palacio de la Generalitat respondiendo a una invitación de Companys. Según García Oliver, miembro de la delegación cenetista, Companys les dice estas palabras extraordinarias; "Hoy sois los dueños de la ciudad y de Catalunya... y espero que no os sabrá mal que en este momento os recuerde que no os ha faltado la ayuda de los pocos o muchos hombres leales de mi partido y de los guardias y moscos... Habéis vencido y todo está en vuestro poder, si no me necesitáis o no me queréis como presidente de Catalunya, decídmelo ahora, que yo pasaré a ser un soldado más en la lucha contra el fascismo. Sí, por el contrario, creéis que en este puesto... puedo, con los hombres de mi partido... ser útil en esta lucha... podéis contar conmigo y con mi lealtad de hombre y de político que está convencido que hoy muere todo un pasado de bochorno, y que desea sinceramente que Catalunya marche a la cabeza de los países adelantados en materia social". Hay polémica sobre la autenticidad de esta declaración, pero creo que los testimonios que aporta Bollothen son convincentes y las palabras son muy coherentes con los hechos posteriores. La CNT aceptó que Companys, y con él la Generalitat, permaneciera en su puesto. Y lo que es más extraordinario aún, el propio Companys propuso la constitución de un organismo centralizador del nuevo poder, el Comité Central de Milicias Antifascistas, propuesta aceptada también por la CNT y que el día 21 aparecería publicada en el Boletín Oficial de la Generalitat. Se crea así una situación en la que hay efectivamente dos poderes en presencia, objetivamente incompatibles como se iba a comprobar rápidamente, pero que establecen

unas relaciones insólitas entre ellos, que desmienten todas las teorías de que "el poder está en la punta del fusil". Porque quien tiene el poder de las armas y toda la fuerza de decisión efectiva, acepta mantener la existencia del poder alternativo, y éste, cuyo poder en ese momento es puramente nominal, -está reducido, se dice, a un "sello de goma" que Companys pondrá minuciosamente bajo cada decisión del Comité de Milicias, en un gesto aparentemente formalista e inocente, pero que vale por un tratado de teoría del Estado-, llega a proponer al adversario su forma de organización. En realidad se asiste a una batalla a muerte por el poder, pero sólo uno de los contrincantes ha comprendido lo que está en juego.

DUALIDAD DE PODER

EL PAPEL DE LA CNT ES MUY DIFÍCIL DE DEFINIR. Ucelay dice que "la CNT pensaba que dirigía una transformación social, espontánea y natural, cuando sólo la presidía" [15.162]. Creo que efectivamente la CNT no dirigió el proceso, pese a ser abrumadoramente la fuerza mayoritaria, en el sentido de que nunca tuvo un proyecto político-militar, una clara definición de las tareas y objetivos centrales para consolidar el poder revolucionario. Bolloten da dos citas, esclarecedoras y patéticas, que nos ayudan a comprender la naturaleza del problema: "Podíamos ser únicos, imponer nuestra dictadura absoluta, declarar caduca la Generalitat e instituir, en su lugar, el verdadero poder del pueblo, pero nosotros no creíamos en la dictadura cuando la ejercían contra nosotros, ni la deseábamos cuando podíamos ejercerla nosotros en daño de los demás. [Decidimos que] la Generalitat quedaría en su puesto con el presidente Companys a la cabeza" (Abad de Santillán). "Los que dicen que la CNT tenía que establecer su dictadura en 1936 no saben lo que exigen [...]. Entonces, la CNT debía tener un programa de gobierno, de ejercicio del poder, un plan de economía autoritariamente

dirigida y experiencia en el aprovechamiento del aparato estatal [...] No nos engañemos: de haber poseído un semejante programa antes del 19 de julio, la CNT no hubiera sido la CNT, sino un partido bolchevique. De haber aplicado semejantes prácticas en la Revolución, hubiera dado el golpe mortal definitivo al anarquismo" (Helmut Rüdiger, representante en Barcelona de la AIT).

Tenemos en fin, un doble poder, pero completamente asimétrico: el poder social y militarmente fuerte es políticamente débil; el social y militarmente débil, es políticamente fuerte. Esta situación respecto a los dos actores principales se da también, en cierto modo, en las dos fuerzas marxistas que apoyan uno y otro campo.

El POUM era posiblemente la fuerza mejor preparada teóricamente para comprender la situación; en el desierto del pensamiento marxista español, Nin representa una de las escasísimas excepciones valiosas. Por eso es aún más chocante que el propio Nin, en un discurso pronunciado el 6 de septiembre en Barcelona, defendiera una posición sobre el Estado más próxima, en realidad, a las ideas anarquistas que a un punto de vista marxista: "¿Qué es la dictadura del proletariado? Es la autoridad ejercida única y exclusivamente por la clase trabajadora, la anulación de todo derecho político y de toda libertad para los representantes de las clases enemigas. Si la dictadura del proletariado es esto, compañeros, yo os afirmo que hoy en Catalunya existe la dictadura del proletariado" [19.182]. Sin entrar en las características concretas que da Nin a la "dictadura del proletariado" en cuanto a los derechos y libertades políticas, está claro que Nin elude el problema capital, que iba a empezar a resolverse veinte días después de este discurso, y en un sentido divergente con sus palabras, por la formación del gobierno Tarradellas: la "autoridad" en Catalunya no estaba ejercida "única y exclusivamente" por la clase trabajadora, ni,

añado por mi cuenta, por el organismo que la representaba, el Comité Central de Milicias; existía otro poder, otro "Estado", pugnando por afirmar su única y exclusiva autoridad. El POUM, cuya orientación mientras pudo actuar políticamente de una manera legal, fue influir sobre la CNT hasta ganársela a sus posiciones, se adaptó, en ésta y en otras situaciones que veremos más adelante, a la incompreensión de la CNT sobre el problema del poder.

Por su parte el recién fundado PSUC tenía las ideas mucho más claras. Sus esfuerzos iban dirigidos en la misma dirección que los de Companys, aunque con menos autoridad e inteligencia táctica que éste. Apoyó desde el 31 de julio diversos intentos prematuros y fallidos de poner en pie un gobierno de la Generalitat que desplazara al Comité Central de Milicias. Desde agosto lanzó una batalla feroz contra el POUM (aprovechando la denuncia que éste había realizado del primer Proceso de Moscú) cuyo objetivo iba, más allá de este partido, contra el curso revolucionario de la guerra civil.

Una serie de problemas concretos de la situación en Catalunya durante esta primera etapa merecen ser destacados porque plantean diferencias importantes con lo que hemos visto en Euskadi.

En primer lugar, la propia organización del poder revolucionario. Algunos historiadores respetables, como Vilar, tienden a desvalorizar el papel de los comités. Vilar, que tras considerar, correctamente en mi opinión, que es abusivo considerarlos "soviets", los refiere a "las juntas de 1808, o el frágil cantonalismo de 1873"¹⁴ .

Broué, Ucelay y muchos otros plantean correctamente, en mi opinión, la diferencia fundamental entre los comités y organismos de tipo "soviético": efectivamente, los comités eran organismos unitarios formados por representantes de organizaciones, según una proporción consensuada e inamovible. No

eran pues órganos de base asamblearia que pudieran reflejar los cambios en las relaciones de fuerzas en la base del movimiento. Como bien dice Ucelay, este sistema de organización "sirvió para cortar el camino al minoritario POUM". Sirvió además, si puede decirse así, para posibilitar su desmantelamiento en cuatro días, sin que se produjera ninguna reacción de base significativa. Pero creo que las analogías de Vilar no son serias. El Comité Central de Milicias creó una red de comités comarcales y locales que fueron los organizadores de la vida social, política y económica de Catalunya en plena guerra civil. Particularmente en el terreno militar, el subcomité de guerra, creado por el Comité, fue la autoridad fundamental, responsable de los problemas organizativos y logísticos, de la formación de cuadros en la Escuela Popular de guerra, etc. El Comité fue también el responsable de las funciones de represión, a las que me referiré en el próximo punto. Esta estructura funcionó solamente algo más de dos meses, es cierto. Pero fue una forma de poder popular, con gran autoridad entre la población y que reorganizó profundamente las formas de comportamiento institucional, aunque una parte de sus propios protagonistas tuvieran una débil o confusa conciencia de lo que estaban haciendo. Su desaparición significó un cambio profundísimo en la situación catalana. No me parece que ayude a comprender las cosas la referencia a "juntas" o "cantones".

En cuanto a la situación militar, me parece importante destacar la rapidez con que se constituye una fuerza militar considerable operativa -hasta 20.000 hombres llegará a haber en Aragón, haciendo una estimación media- y el esfuerzo por crear un Ejército de "nuevo tipo" coherente con el proyecto revolucionario. En lo que más se aproximó a este proyecto es en el valor que se le dio a la igualdad ("desde luego, la igualdad no era total, pero sí lo más parecido a ella de todo lo que yo había visto jamás, e incluso de lo que me hubiese parecido concebible en

tiempos de guerra", dice Orwell, en su *Homenaje a Catalunya*). El esfuerzo por establecer la disciplina sobre bases racionales frente a la disciplina militar clásica, tuvo numerosos conflictos y problemas prácticos. Pero, atribuirle el papel de causa fundamental de las debilidades militares del campo republicano, como se hizo especialmente por dirigentes del PCE-PSUC en la batalla política por la creación de un ejército "regular" que tuvo lugar más adelante, es un apriorismo ideológico. Sí fue una debilidad que las milicias catalanas se organizaran en columnas de partido, según la costumbre que existió en toda la España republicana hasta bien entrado 1937. También aquí se nota la ausencia de un proyecto revolucionario hegemónico capaz de comprender las necesidades militares de la guerra y de establecer un acuerdo de centralización con las demás fuerzas. En fin, las milicias fueron un "Ejército expedicionario" (concentrado en el frente de Aragón, tras el fracaso de la expedición a Baleares) para el cual todo Catalunya era retaguardia. Y esta retaguardia estaba fuertemente armada, no solamente por las condiciones generales de guerra en que se vivía, sino porque las armas eran un elemento esencial, más o menos intuitivamente comprendido, del poder de los comités, en la situación de "doble poder". Esta situación que estallaría en mayo de 1937, fue una fuente de conflictos mucho antes, en especial a partir de la estabilización del Frente de Aragón. La consigna de "Todas las armas al frente" (acompañada de los conocidos "chistes" en la prensa influida por el PSUC en los que se veía a milicianos armados paseando tranquilamente por las Ramblas, mientras que en la viñeta de al lado se dramatizaba la situación los milicianos en el frente) dio lugar a uno de los más duros debates de esta etapa. Como ocurrió en todas las batallas político-propagandísticas que acompañaron la lucha por el poder, un problema real -el desequilibrio entre el armamento en la retaguardia y en el frente- arrastraba una lucha política más profunda -el

intento de desarmar a los comités y dejar como únicas fuerzas armadas de la retaguardia los cuerpos regulares que iba poniendo en pie la Generalitat.

Los problemas de la represión en la retaguardia son otro de los puntos polémicos claves de la experiencia de la Catalunya revolucionaria. Las cifras son concluyentes, en especial en lo que se refiere a muertes de religiosos: durante toda la guerra, el total de muertos es de 6.844, de los cuales 2.437 en Catalunya. Pese a la magnitud de las cifras, hay que insistir en el carácter "incontrolado" de una parte considerable de la represión. Pagès cita documentos de la CNT y el POUM que se enfrentan desde primera hora, en términos durísimos, a la represión "incontrolada" ("hay que acudir a medidas extremas, sin vacilar, para acabar con actos que deshonran y perjudican a la revolución", en el diario del POUM, *Avant*, de 31 de julio [20.59]). Pero aún realmente "incontrolada" -lo que ya es una diferencia notable, como señala Vilar, respecto a la represión de los sublevados, que estaba totalmente "controlada"- la represión fue feroz y continuó incluso después de la constitución por el Comité de Milicias de las "patrullas de control" y, en muchas ocasiones, a cargo de éstas.

Un proceso revolucionario desarrolla necesariamente mecanismos de coerción, que pueden ser muy duros en una situación prolongada de guerra civil. Junto a ellos, es decir, junto a las necesidades colectivas del proceso revolucionario, surgen inevitablemente sentimientos de venganza, de respuesta a humillaciones y represiones sufridas durante muchos años, a veces colectivas, en otros casos puramente individuales. Hace falta una muy sólida hegemonía de un proyecto revolucionario, en el cual ocupen un lugar necesario los derechos humanos, para que esta coerción permanezca bajo control. No fue desde luego el caso en Catalunya. Pero las cifras expuestas crudamente no dan cuenta de la realidad; no está en ellas la memoria

popular desde la Semana Trágica¹⁵ hasta la represión posterior a octubre del 34; ni está en ella el papel del "cura", especialmente en la sociedad agraria catalana, su identificación general con los patronos, con los propietarios.

Si todas las revueltas populares catalanas durante un siglo han tenido como primer objetivo al cura, la raíz del problema hay que buscarla en el papel político-social de la Iglesia. En una situación de poder popular como la que existía en Catalunya, los datos que iban llegando sobre el compromiso de la Iglesia junto a los sublevados no podían sino favorecer esta venganza popular, fruto de una humillación acumulada durante generaciones.

El problema de las colectivizaciones y, en general, la obra económico-social lo incluiré en el capítulo siguiente, para favorecer la comparación con la situación en Euskadi y para poder estudiar la evolución de la política y económica antes y después de la constitución del gobierno Tarradellas, que pone fin a la situación de doble poder.

6. Coronel del Ejército, comandante militar de Guipúzcoa, próximo a los sublevados, pero vacilante en la práctica. No contaba con la confianza de Mola, que envió al general Musiera a dirigir el alzamiento. Murió fusilado por las fuerzas populares.

7. *Bizkaia Buru Batzar*, dirección ejecutiva del PNV en Vizcaya. EBB, ABB, GBB y NBB son las siglas de los ejecutivos de Euskadi, Álava, Guipúzcoa y Navarra. Más adelante en este mismo párrafo se alude a la carta que el diputado nacionalista Javier Landáburu envió a Aguirre el 3 de agosto de 1936. La carta transmite la "extrañeza" de los jefes militares de la sublevación porque "los nacionalistas de ahí estéis de la mano de los rojos, cuando tenéis cosas sagradas y fundamentales que nos separan de ellos" y propone que los nacionalistas, "mientras ahí manden los rojos", se limiten a "ser guardianes de edificios y personas", y añade, "si no tomáis las armas contra el Ejército, seréis respetados cuando el Ejército se apodere de esa zona".

8. La declaración dice: "Ante los acontecimientos que se desarrollan en el Estado español, y que tan directa y dolorosa repercusión pudieran alcanzar sobre Euskadi y sus destinos, el Partido Nacionalista declara -salvando todo aquello a lo que le obliga su ideología, que hoy ratifica solemnemente-

mente- que planteada la lucha entre la ciudadanía y el fascismo, entre la República y la Monarquía, sus principios le llevan indudablemente a caer del lado de la ciudadanía y de la República, en consonancia con el régimen demócrata y republicano que fue privativo de nuestro pueblo en sus siglos de libertad".

9. Dice Ajuriaguerra: "La derecha se oponía ferozmente a cualquier Estatuto de Autonomía para el País Vasco. Por otro lado, el Gobierno legal nos lo había prometido y sabíamos que acabaríamos consiguiéndolo. A las 6 de la mañana, tras una noche en blanco tomamos una decisión unánime. Promulgamos una declaración dando nuestro apoyo al Gobierno Republicano. Tomamos esa decisión sin mucho entusiasmo, pero convencidos de haber elegido el bando mas favorable, que de habernos decidido por el otro bando, nuestra base se nos habría opuesto".

10. La pastoral *Non Licet* (No es lícito) fue difundida el 6 de agosto de 1936 por los obispos de Pamplona y Vitoria, aunque fue redactada por el Cardenal Gomá, ferviente partidario de la sublevación. La pastoral es la primera toma de posición de la Iglesia española sobre la guerra y constituye no sólo una defensa incondicional del Alzamiento, sino también un llamamiento directo a los nacionalistas: "No es lícito [...] fraccionar las fuerzas católicas ante el común enemigo".

11. El canónigo Onaindía, al que podemos considerar el portavoz de hecho del PNV ante el Vaticano envió un informe a la Secretaría de Estado, que contiene los argumentos fundamentales en favor de la posición del PNV, afirma que su participación en la guerra del lado de la República constituye un acto de "defensa legítima", defiende la orientación de unidad republicana y considera que la pastoral *Non Licet*, "no obliga en conciencia".

12. Dice este texto: "[...] El Estatuto Vasco, más amplio, mucho más amplio que el catalán, aunque llegado en momentos de dolor, da una realidad que ni el dolor mismo nos debe impedir desconocer. El Estatuto, meta ocasional, escalón de libertad, supone un Gobierno Vasco, una ordenación jurídica vasca, una vida social vasca. Es para todos los vascos. Mas aún, para cuantos habitan en territorio vasco. No es una aspiración nacionalista, y esto lo hemos dicho ininidad de veces; es un mínimo en el que todo nuestro pueblo está de acuerdo."

13. La Ley de Contratos de Cultivo fue la primera reforma social votada por el Parlamento catalán en abril de 1934. Su contenido no iba mas allá de reformas moderadas en favor de los campesinos arrendatarios. Pero la Lliga llevó esta ley al Tribunal de Garantías Constitucionales, controlado por la derecha, que anuló la ley en junio, considerando a los órganos de gobierno catalanes "incompetentes" para legislar en temas sociales agrarios. El Parlamento catalán volvió a votar la ley y la Unió de Rabassaires movilizó masivamente a los campesinos catalanes en su favor. Se iniciaron negociaciones entre el gobierno catalán y el gobierno republicano, y entre la Lliga y Esquerra, que parecieron llegar a un compromiso en el verano del 34, pero la intervención de la principal organización de la derecha centralista, la

CEDA, que en esos momentos ascendía en su influencia, frustró los compromisos. La Ley de Contratos se convirtió en un objetivo del movimiento popular catalán en el período posterior. Tras la victoria del Frente Popular en las elecciones del 36 y el restablecimiento de la autonomía catalana, la Generalitat dispuso la vigencia inmediata de la Ley. Pero ya la Unió, con sus 50.000 afiliados, había evolucionado hacia la izquierda y escapaba al control de Esquerra.

14. Juntas es el nombre que recibieron las diversas organizaciones que protagonizaron la guerra de la independencia contra la invasión francesa (1808-1814). Bajo esta palabra hubo organizaciones de carácter muy diferentes: las Juntas locales se constituyeron en muchos casos respondiendo a la presión popular, pero fueron encabezadas por militares de alta graduación o eclesiásticos, y contaron con muy escasa o nula presencia popular. Conforme se ascendía en la escala, la presencia de "notables" era mas fuerte. La Junta Central estaba encabezada por el conde de Floridablanca, un viejo político conservador. En 1810, esta Junta Central transfirió el poder a una regencia. El movimiento cantonalista fue conformado por organizaciones federalistas provinciales que surgieron en algunas ciudades (Murcia, Sevilla, Cádiz, Cartagena...) durante la primera República (1873-1874). Organizaron sublevaciones que expresaron la creciente oposición popular al gobierno republicano. Fueron aplastadas militarmente.

15. Se conoce como Semana Trágica a la sublevación popular que se inició en Barcelona el 26 de julio de 1909 como protesta por los envíos de tropas a Marruecos. El movimiento quedó aislado y fue masacrado por el Ejército. Aquí se inicia la hegemonía anarcosindicalista en el movimiento obrero catalán. Un año después se fundó la CNT.

III. Octubre'36-primavera'37: La tarea de los gobiernos nacionales en la España republicana

EN EL ESPACIO DE UN MES, APROXIMADAMENTE, la constitución de los gobiernos Largo Caballero, Tarradellas y Aguirre significan un giro trascendental en la orientación de la guerra. En última instancia, los tres gobiernos tienen un significado común: la reconstrucción del poder republicano. Pero actúan en situaciones político-sociales muy diferentes, por caminos propios, con contradicciones y conflictos de diversa naturaleza, y en un marco general que ha cambiado: si antes, en la etapa que acabamos de ver, predominan las "divergencias" entre las situaciones de Catalunya y Euskadi, ahora se tiende a las "convergencias", como voy a tratar de mostrar.

Un elemento común decisivo de carácter político-ideológico es la designación como objetivo supremo de "ganar la guerra". Desde el otoño del 36 puede considerarse resuelto el debate estratégico central que atravesó el campo republicano en los primeros meses después del alzamiento: hacer la revolución para ganar la guerra o ganar la guerra, renunciando para ello a las tareas sociales y políticas de carácter revolucionario. La fórmula que se atribuye a Durruti: "Renunciar a todo, salvo a la victoria" resume muy bien el giro que se ha producido en la

principal corriente revolucionaria. Sólo el POUM seguirá defendiendo una línea de revolución, en condiciones que veremos más adelante. "Ganar la guerra" significaba fundamentalmente cuatro tareas: restablecer como única autoridad política a las instituciones republicanas; organizar un ejército regular bajo mando único; poner fin a la política de colectivizaciones, restringiendo las medidas de nacionalización a las consideradas imprescindibles para la conducción de la guerra; dar a la guerra misma la imagen de una lucha nacional-democrática contra el fascismo y buscar a partir de ella las alianzas internacionales necesarias. Creo que este es el marco general en que se debe analizar la evolución de los acontecimientos en Euskadi y Catalunya.

EUSKADI

LOS DIFERENTES PUNTOS DE VISTA SOBRE el significado político del Gobierno Vasco constituyen, en mi opinión, el eje más claro para el análisis de este periodo. Barmendia afirma que "el Frente Popular desaparece subsumido en algo que podría definirse como Frente Nacional antifascista bajo la hegemonía del PNV" [7.27]. Tuñón tiene una opinión similar, Fusi aborda el problema desde otro punto de vista, señalando una cuestión también importante: según él, a partir de la constitución de gobierno Aguirre, la guerra en el País Vasco autónomo toma "el carácter de una guerra vasca contra una. agresión exterior" [1.46]. Voy a tratar de plantear una serie de problemas en torno a estas cuestiones que recorren todas las interpretaciones de la guerra en Euskadi, incluyendo las explicaciones de la derrota.

Recordemos brevemente las condiciones de constitución del gobierno Largo Caballero. Fue llamado "gobierno de Frente Popular", queriendo indicar con ello un "giro a la izquierda" respecto al gabinete Giral. Es indudable que su composición revelaba un desplazamiento de fuerzas dentro de los partidos del

Frente Popular hacia las organizaciones obreras, tanto por el peso fundamental de los socialistas, como por la entrada del PCE; la incorporación posterior de ministros cenetistas reforzaría más aún esta situación. Pero este dato no es suficiente para caracterizar políticamente un gobierno. En realidad, la diferencia fundamental entre el gobierno Largo Caballero y el gobierno Giral reside en que éste era un gabinete fantasmal carente de la más mínima autoridad, mientras que aquel pone en juego todos los elementos disponibles para reconstruir una autoridad política efectiva dentro del marco republicano. En cuanto a la caracterización como "gobierno de Frente Popular" tampoco es suficiente para definir con precisión su línea política, ni por tanto para diferenciarla de otras. Podemos encontrar un buen resumen de cuál era esta línea en los discursos de José Díaz, secretario general del PCE, una fuerza aún minoritaria, pero que representaba desde el mismo día 18 de julio la más coherente versión de la política de "ganar la guerra". En un discurso ante las Cortes el 1 de octubre de 1936, Díaz afirmó: "Nosotros, Partido Comunista, dijimos que todos, obreros y demócratas, teníamos un camino largo que recorrer en común, y que los intereses que defendíamos estrecharían aún más nuestras lazos de hermandad, y esto hoy se ha comprobado, [...] Se ha querido presentar a este Gobierno como un Gobierno comunista, socialista, o que lleva miras sociales especiales. Frente a los que eso propalan podemos afirmar, con toda responsabilidad, que el Gobierno actual es la continuación del anterior; es el Gobierno republicano democrático, a cuyo lado hemos luchado todos anteriormente y continuaremos luchando hasta vencer a los enemigos de la República y de España. [...] Nosotros, que no solamente contamos con el noventa por ciento de la población, sino con la ayuda de toda la democracia internacional, decimos: a pesar de esa ayuda conocida, y sabiendo lo que ella representa para continuar esta guerra civil, nosotros los demócratas, los

obreros, los republicanos, los nacionalistas vascos (que luchan con nosotros porque son hombres católicos de verdad y demócratas), venceremos, porque luchamos por una causa justa y legal..." [12.238-240]. Esta es la ideología que conquistará la hegemonía en el campo republicano en la primavera del 37, pero que ya está en ascenso y podemos considerar la característica de la política de Frente Popular, tal como se entiende en la España republicana desde el otoño del 36.

Sería una simplificación abusiva identificar al gobierno Aguirre con estos planteamientos. Granja lleva razón al caracterizarlo como una coalición entre el PNV y los partidos del Frente Popular. Formalmente se le puede llamar un gobierno de Frente Nacional. Pero creo que hay que ser muy cuidadoso a la hora de establecer las diferencias políticas entre el gobierno Aguirre y el gobierno Largo Caballero o, más en general, respecto a la política de Frente Popular.

En cuanto a su composición, el gobierno Aguirre está basado en la hegemonía absoluta del PNV, que tiene en sus manos todas las carteras decisivas económicas, políticas y militares. Los representantes de los partidos del Frente Popular ocupan responsabilidades secundarias, o en el caso de carteras formalmente importantes (por ejemplo Trabajo, ejercida por Juan de los Toyos del PSOE) tuvieron actuaciones sin el menor relieve, siguiendo la disciplina establecida por Aguirre. Este, por otra parte, evitó con una excusa formal la incorporación de la CNT al Gobierno (hay discusión entre diferentes fuentes anarquistas sobre si hubo o no negociación en este sentido; Chiapuso afirma que sí existieron), que podría haber constituido un factor de indisciplina interna. Esta total hegemonía del PNV determinó el programa (en palabras de Fusi: "Era lo que se esperaba del PNV: un programa ponderado, sensato y democrático") y la práctica del gobierno. Pero hay que señalar que el propio estatuto y el apoyo del gobierno central y de todos los

partidos del Frente Popular a Aguirre, que asumió un papel claramente presidencialista, iban encaminados a conseguir esos frutos.

El Gobierno vasco adoptó efectivamente la orientación que "se esperaba" de él. Sólo la CNT afirmó públicamente que el apoyo a Aguirre de los partidos del Frente Popular vasco constituía una capitulación del Partido Socialista [11.61] y aún así concedió al gobierno dos meses de renuncia a toda crítica contra él [11.68]. El llamado "pacto" o "programa de Guernica" puede efectivamente ser calificado de "moderado", si lo comparamos con el programa del gobierno Tarradellas, que veremos posteriormente. El calificativo es más discutible si tomamos como referencia el programa, y la práctica, del gobierno republicano central. Veamos el tema en una serie de aspectos.

Koldo San Sebastián destaca el papel que el propio Aguirre da al "orden público" y la "cuestión religiosa". Vimos en la etapa anterior que el PNV había considerado su tarea prioritaria, antes de comprometerse seriamente en el esfuerzo de guerra, el mantenimiento del "orden" frente a las actividades de los sectores más radicales, en especial la CNT. Es natural que desde el gobierno prosigan en la misma línea y con los mismos objetivos: dar seguridad a su propia base social y prevenir desbordamientos de la acción de gobierno por parte de sectores radicales. Aguirre y Monzón utilizaron un método para la reorganización de la policía revelador de la orientación general del PNV: la policía tenía un cuerpo "unitario", formado por personas seleccionadas de los partidos políticos y un cuerpo "partidario", la Ertzaña, que suponía un suplemento de seguridad para el control del PNV sobre el conjunto del aparato policial.

En cuanto a la cuestión religiosa, la protección que el gobierno garantizaba a la práctica del catolicismo fue una excepción en el campo republicano. En el terreno simbólico se tomaron decisiones de impacto. Por ejemplo, Aguirre cuenta

que: "Se suprimieron todas las fiestas tradicionales establecidas, pero se estableció una excepción, la del Viernes Santo, en homenaje a la conciencia católica del pueblo vasco" [9.953]. Y añade, quizás con una cierta malicia, "Fue una proposición, que recordarán mis compañeros de entonces, de un consejero socialista, lo que abriga la delicadeza...". En realidad, la política religiosa del gobierno vasco se convirtió en un elemento central de la diplomacia de la República y el propio Aguirre, que era consciente de ello, favoreció esta "utilización", que era en realidad un elemento de su relación de fuerzas en las relaciones siempre conflictivas con el gobierno central.

Estos conflictos se expresaron especialmente en el terreno militar. El programa de Guernica se comprometía a establecer el mando único y militarizar rápidamente todas las milicias. No explicitaba nada sobre las relaciones militares con el llamado Ejército del Norte. Hay aquí una fuente de serios problemas que conviene analizar con cierto detenimiento.

La militarización de las milicias tomó la forma de batallones de partido, siguiendo la práctica habitual en el campo republicano, a la que ya me referí en el punto anterior; sólo en visperas de la derrota se formó lo que podríamos llamar una organización de Ejército regular. Esto no es específico de Euskadi. Lo que sí lo fue es el decidido esfuerzo del gobierno Aguirre para favorecer a sus batallones de partido, en perjuicio de los de izquierdas, según señala Arenillas [10.108], y adoptando medidas como la elección voluntaria de batallón por los nuevos reemplazos [3.186 y 10.114] que sólo podían explicarse por ese objetivo. La negativa posterior a aceptar los comisarios políticos, aún corriendo el riesgo de una crisis política en el gobierno, se explica también por el criterio de asegurarse un poder militar de partido, sin interferencias de otras fuerzas o instituciones políticas.

Pero el conflicto más importante es el que se originó por

la soberanía de hecho que el gobierno vasco asumió en la conducción de la guerra, respecto al mando militar republicano para el Norte. Aguirre no aceptó nunca la existencia de un "Ejército del Norte" y por consiguiente no reconoció la autoridad de Llano de la Encomienda, nombrado jefe militar de la zona por el gobierno republicano central en diciembre. Paradójicamente, Aguirre se apoyaba en una declaración de Largo Caballero que reconocía que tal Ejército "no existía" [1.26]. Esta declaración significaba en la práctica una posición de tolerancia hacia la soberanía del Gobierno vasco en cuestiones militares. Es interesante destacar aquí la propuesta de ANV¹⁶ -la organización nacionalista integrada en el Frente Popular vasco- de que la dirección del ejército de Euskadi dependiera directamente del Estado Mayor Central; es el único intento que conozco de buscar un compromiso, dentro del espíritu del estatuto de autonomía, para garantizar la coordinación de las operaciones militares en el Norte. No prosperó.

La experiencia más significativa de colaboración militar entre los mandos republicanos y el ejército de Euskadi fue la operación de Villareal, cuyo fracaso contribuyó decisivamente, en opinión de Fusi, a deteriorar estas relaciones. Garmendia da una explicación muy interesante del diferente significado que la operación de Villarreal tenía para el mando republicano (una operación de diversión destinada a aliviar el frente de Madrid) y para Aguirre (conquistar Vitoria y avanzar desde allí hacia Guipúzcoa, una verdadera "reconquista" de Euskadi) [7.30]. Esta diferencia de objetivo es reveladora de la falta de sintonía político-militar entre el gobierno central y el gobierno vasco. Aguirre se quejará amargamente del fracaso de Villarreal y atribuirá la responsabilidad al capitán Ciutat, jefe de operaciones del Norte, que colaboraba en la dirección militar de Euskadi (Aguirre alude a "que estaba influido por cierta tendencia política"; la referencia debe ser al PCE).

Tras el fracaso de Villarreal hubo otras formas de colaboración militar en el Norte, por medio del envío de batallones vascos a Asturias y la participación de tropas del Ejército del Norte en operaciones en Euskadi. Pero puede decirse que hasta la llegada del general Gámir, a finales de mayo del 37, lo característico de las relaciones entre el ejército de Euskadi y los mandos republicanos fue la desconfianza.

Fusi da una enorme importancia a lo que llama el "fracionamiento militar del Norte", que considera "una de las principales causas de su derrumbamiento". Llega incluso a hacer una crítica implícita de la aprobación del estatuto de autonomía: "...el Gobierno Largo Caballero había concedido la autonomía al País Vasco justo cuando la necesidad urgente y principal de ganar la guerra exigía la afirmación de la autoridad del Estado y la subordinación al mismo de los poderes territoriales y locales en que se había fragmentado la zona republicana; y exigía, al menos, una política militar unificada y coordinada en todo el territorio" [5.156]. La consideración de la autonomía o la soberanía de Euskadi como un obstáculo para la necesaria unificación del esfuerzo militar contra los sublevados es un punto de vista que aparece en muchos otros historiadores. Me parece un punto de vista muy discutible. En mi opinión el problema no está en el carácter soberano del gobierno vasco, lo cual además de significar el ejercicio de un derecho, era una condición para lograr la más amplia incorporación posible del pueblo vasco al esfuerzo de guerra (lo que significa, respecto a la idea planteada por Fusi, que si Largo Caballero no hubiera "concedido" la autonomía a Euskadi, el resultado hubiera sido muy probablemente catastrófico políticamente y en nada habría ayudado a la centralización militar en el Norte). El problema está en la línea política con que ejercía esa soberanía el gobierno vasco y también en la orientación política del gobierno Largo Caballero, es decir, en las condiciones políticas que hacían posible o imposi-

ble la coordinación militar.

Los terrenos en que creo que existen las divergencias más de fondo entre la orientación del gobierno vasco y la política del gobierno central es en las cuestiones económico-sociales y en la ideología general que preside la conducción de la guerra.

En el terreno económico, la letra del pacto de Guernica incluía ideas de "cogestión", coherentes con la ideología del PNV, pero que cumplían una función meramente testimonial: nunca fueron puestas en práctica. En cambio, lo que sí se puso en práctica fue un respeto estricto al gran capital, financiero e industrial, renunciando incluso a las posibilidades de "incautación y socialización" que dejaba abiertas el propio pacto. En este punto, decisiones dictadas por los intereses políticos del PNV chocaron frontalmente con las necesidades básicas de la guerra. Sus resultados fueron catastróficos: favorecieron el boicot y sabotaje empresarial [7.79]; permitieron una reconversión inmediata de la industria al servicio de los sublevados tras la caída de Bilbao, que existe amplia coincidencia en considerar decisiva para la victoria de Franco. En sus excelentes trabajos sobre la economía en Euskadi durante la guerra, González Portilla destaca la responsabilidad fundamental que corresponde al gobierno vasco en la situación de parálisis de la siderurgia vizcaína, cuyos efectos para el abastecimiento militar son fáciles de entender. Y me parece importante insistir en que, en este caso, las razones fundamentales del comportamiento del gobierno vasco no fueron cuestiones ideológicas, de rechazo a cualquier forma de incautación o colectivización, sino sobre todo una actitud política hacia la gran burguesía vizcaína, que no agradeció el gesto a Aguirre, como era fácil esperar. Arenillas señala una anécdota: una de las primeras decisiones del gobierno Aguirre habría sido devolver a unos empresarios que habían apoyado la sublevación la multa de 25 millones de pesetas que les había impuesto la Junta de Defensa, lo cual ilustra

bien la situación.

Existe aquí una clara diferencia con la política del gobierno central, adversaria decidida de las colectivizaciones de la primera etapa de la guerra y que procedió a muy amplias "privatizaciones", pero que mantuvo un esfuerzo sostenido por asegurarse una industria de guerra lo más eficaz posible.

Esta diferencia sería una fuente de conflictos y se convertiría en un elemento clave de las críticas de las diferentes fuerzas republicanas al gobierno Aguirre tras la derrota. Por ello es necesario recordar que Aguirre pudo realizar esta política durante muchos meses, sin apenas oposición y más aún entre elogios encendidos a su persona, en especial por parte de las fuerzas de izquierda.

En algún caso, puede decirse que fórmulas ambiguas de dirigentes de izquierda podían interpretarse como un apoyo directo a la política económica del gobierno vasco: así, Aguirre recuerda un comentario de Prieto, defendiendo la "municipalización" frente a la nacionalización futura de Altos Hornos de Vizcaya ("Yo tengo mucha más confianza en Baracaldo que en el Estado"). Naturalmente, Aguirre utiliza este comentario para defender su política contraria a las nacionalizaciones ("que hubieran parecido hijas de la venganza y de la improvisación") [9.955].

En general, las fuerzas de izquierda practicaron una política de apoyo acrítico a Aguirre, con la excepción de la CNT, y eso a finales del 36: los comentarios al discurso de Gabon¹⁷ [2.184], o la posición de la prensa del PCE [10.164] son muestras significativas de ello. Pero lo más grave es la pasividad del movimiento obrero, a la que se refiere Rubial [6.1.265] y que comenta con evidente satisfacción el propio Aguirre ("ni se registró una huelga, ni hubo una protesta..." [7.29]). Chiapuso fecha con mucha precisión, el dos de Febrero de 1937, un acuerdo del PCE según el cual los sindicatos debían subordinarse al

gobierno vasco [11.127]. Como se sabe, al PC de Euskadi le cayó la suerte de los vencidos y la dirección central del partido le responsabilizó en exclusiva de la línea seguida, considerada de adaptación al nacionalismo. La crítica me parece muy injusta. Desconozco el nivel real de conflictos entre la dirección central del PCE y la del PC de Euskadi durante el gobierno Aguirre, pero lo que sí puede decirse es que la política de subordinación al poder republicano existente fue la línea general del PCE, como veremos más adelante en el caso de Catalunya. Puede afirmarse también que la línea de los socialistas vascos era coherente con la línea general de su partido. La CNT se quedó sola, y a merced de la represión, tratando de criticar al gobierno Aguirre, incluso en cuestiones tan elementales como la falta de solidaridad del gobierno vasco en los abastecimientos de alimentos a los frentes del Norte [10.117]. El apoyo político general de la izquierda y la pasividad a que se condujo al movimiento obrero crearon las condiciones materiales en las que el gobierno Aguirre pudo realizar su catastrófica política respecto a la industria de guerra.

Y finalmente está el complejo problema de la ideología general respecto a la guerra misma. Parece que han existido dos discursos paralelos; uno, el de las declaraciones políticas generales de Aguirre, particularmente el discurso de Gabon, y de algunos otros dirigentes del PNV, especialmente Irujo, que combinaron la idea de "guerra nacional vasca" y la solidaridad republicana. Otro, el que señala Granja en publicaciones oficiales, el diario *Euzkadi* y el portavoz de *Euzko Gudarozteia*, *Gudari*, más coincidentes con la interpretación de Fusi, concibiendo la guerra como "guerra de independencia" del pueblo vasco contra el imperialismo español invasor de Euskadi [1.85]. Hay que tener en cuenta también que el comportamiento práctico del PNV en la etapa inmediatamente anterior a la derrota abona esta última idea y el conocido pronóstico de Azaña¹⁸. Pese ello

el problema me parece complicado de plantear porque se combinan en él realidades objetivas y líneas políticas de partido. Dicho de otra manera, no me parece satisfactoria la idea, que aparece más o menos explícitamente en algunos análisis, que considera una realidad inevitable este enfoque de "guerra nacional" con sus efectos negativos en la lucha contra Franco, y atribuye la responsabilidad exclusiva al PNV.

Creo que hay que recordar algunos datos que han ido apareciendo en este trabajo: el penoso proceso que siguió el estatuto vasco durante la República, que acumuló enfrentamientos y desconfianzas entre el pueblo vasco nacionalista y el movimiento obrero, que no podían resolverse automáticamente con la aprobación del estatuto; la entrega del poder al PNV que significó el estatuto, tras haberle entregado en los años anteriores la hegemonía en la lucha nacional vasca; la subordinación a Aguirre durante su gobierno por parte de las organizaciones del Frente Popular.

En estas condiciones, vuelvo sobre una idea que planteé anteriormente: que Euskadi tuviera una situación de "semi-independencia", o amplísima soberanía, no creo que tuviera en sí mismo efectos negativos. Era por otra parte un producto natural de las circunstancias, ante la situación de debilidad del gobierno central y las tareas que la guerra ponía en manos del gobierno vasco. En otras circunstancias políticas, veremos una situación similar en Catalunya.

No me parece posible en las condiciones de la guerra civil española la constitución de una dirección político-militar unificada contra los sublevados si no es sobre la base de una convergencia que respetara las diferentes realidades nacionales. Y no creo que esto pudiera lograrse sin la hegemonía política del movimiento obrero. Por el contrario, organizando la pasividad del movimiento obrero en Euskadi y con la línea democrático-nacionalista-española que se irá afirmando progresivamente en

el gobierno republicano central, se dejó en manos de la política del PNV la soberanía de Euskadi. Y entonces sí, los resultados que vinieron eran los que podían esperarse.

Dice Arenillas que "Euzkadi, con su gobierno que parecía de opereta, empieza a cobrar una excepcional importancia; es el espejo en el que se refleja el futuro del régimen político español y el futuro de las organizaciones obreras del resto del país" [10.116]. Esto está escrito en marzo de 1937 y, si dejamos de lado algún exceso verbal, me parece una opinión bastante justa y bastante adecuada al curso posterior de los hechos.

CATALUNYA

LA FORMACIÓN DEL "GOBIERNO DE UNIDAD" presidido por Tarradellas el 26 de septiembre y la disolución del Comité Central de Milicias el 1 de octubre es uno de los acontecimientos políticos más extraordinarios de la guerra civil. No es fácil encontrar una fórmula para definirlos. Pienso que la más próxima a la realidad sería "contrarrevolución política", que pone fin a la situación de doble poder desde el punto de vista institucional, aunque la resolución definitiva de esta situación tendrá lugar tras los acontecimientos de mayo del 37.

¿Cómo ha sido posible que el poder constituido por el Comité Central de Milicias y toda su red de organizaciones políticas se desmantele en unos pocos días, sin encontrar resistencia y, más aún, con el apoyo explícito de las principales víctimas de la operación, la CNT y el POUM? Y simétricamente, ¿cómo el poder de la Generalitat, que era sólo un "sello de goma" al comienzo de la guerra, ha conseguido reconstituirse en apenas dos meses?

Aunque creo que hay que buscar las respuestas a estas preguntas en la situación dentro de Catalunya, es necesario recordar muy sumariamente dos datos exteriores que tienen una influencia considerable en estos hechos. El primero, la evo-

lución general de la guerra. Las tropas franquistas están a la ofensiva y consiguen éxitos importantes, especialmente significativos en Extremadura y en Guipúzcoa. Se extiende así en el campo republicano la preocupación y la conciencia de que hacen falta medidas drásticas y urgentes que puedan hacer frente eficazmente a estas amenazas. La insurrección popular y los organismos político-militares que surgieron con ella no han alcanzado el nivel de centralización y autoridad política general necesario para hacer frente al avance franquista, e incluso en los lugares donde tiene más arraigo y fortaleza, como en Catalunya, aparecen dificultades evidentes, tanto en la vida cotidiana (problemas de abastecimientos, desorganización de la producción...), como respecto a su papel en el esfuerzo de guerra. Hay pues una fuerte presión de "unidad republicana" y de superar el estado de desorganización y de dispersión existente. Problemas ante los cuales las organizaciones revolucionarias se muestran desorientadas y no aparecen con capacidad hegemónica. La reconstrucción de la "legalidad republicana" aparecerá como la respuesta eficaz a estos problemas.

Un hecho internacional va a reforzar esta vía: en septiembre la URSS decide dar ayuda económica y militar a la República. Esta decisión iba a tener una importancia material muy considerable, como se comprobaría al poco tiempo en la defensa de Madrid, pero su importancia política sería aún mayor. Stalin era un decidido partidario de dar a la guerra un carácter "democrático-nacional" y poner fin a cualquier orientación revolucionaria. La ayuda soviética dio una fuerza muy grande a estas ideas y al partido que las representaba directamente: el PCE y, en Catalunya, el PSUC. También en septiembre tiene lugar otro hecho de carácter internacional que podría haber influido decisivamente en el curso de la guerra: las negociaciones de delegados del movimiento nacionalista marroquí en Catalunya y Madrid, en las que, a cambio de la independencia,

se comprometían a organizar un levantamiento en los territorios coloniales españoles en el Norte de África, que estaban bajo el control de Franco desde el primer día del Alzamiento. Es evidente que estos hechos hubieran significado llevar la guerra a una zona básica de la retarguardia franquista y además provocar una crisis enorme en las tropas "moras", que actuaban como unidades de choque del ejército franquista. Hasta ahora, estos problemas se habían discutido como posibilidades teóricas. El testimonio de David Rousset que reproducimos en anexo tiene por ello un excepcional interés: es la prueba de que estuvo al alcance de la mano la posibilidad material de dar un golpe durísimo a los sublevados, que, en esas fechas, hubiera tenido posiblemente consecuencias trascendentales. El rechazo de Largo Caballero a aceptar la propuesta de los nacionalistas marroquíes es la mejor definición que se puede hacer del contenido político real, y las consecuencias, de la estrategia "democrático-nacional" en la conducción de la guerra.

Pero volvamos a Catalunya. Los hechos decisivos para comprender la evolución de la situación catalana hay que buscarlos dentro del país y en el comportamiento de sus principales actores políticos.

Pierre Vilar da mucha importancia a un factor de sociología política: el peso numérico mayoritario en la sociedad catalana de las clases medias y populares "ni proletarias, ni revolucionarias, pero ligadas al complejo patriótico-democrático catalán". En este sector "el restablecimiento de una autoridad institucional reaviva la conciencia de legitimidad necesaria para una comunidad en guerra". Desde este punto de vista, la constitución del gobierno Tarradellas aparece como el resultado de una presión social prácticamente inevitable. La idea me parece muy discutible, aunque refleja un problema real. El Comité Central de Milicias tuvo una enorme autoridad en las primeras semanas de la guerra, no sólo como "fuerza armada", sino como encar-

nación de una revolución popular victoriosa. Nada le impedía haberse constituido como único poder legítimo, reconocido por lo que llama Vilar el "complejo patriótico-democrático catalán", cuyo partido más representativo, Esquerra, se encontraba, por otra parte, muy debilitado. Pero el hecho es que, por una serie de decisiones que vimos en el punto anterior, y por otras que veremos ahora, la autoridad política del Comité fue desgastándose, y no sólo entre las capas medias, mientras se reforzaba paralelamente la de la Generalitat de Companys.

Creo que es una ayuda fundamental para entender los hechos escuchar a sus víctimas. En un editorial titulado "La revolución sigue avanzando", el portavoz de la CNT, *Solidaridad Obrera* saludaba la constitución del gobierno Tarradellas con los argumentos siguientes: "En Catalunya no era posible para el bien de la Revolución y por el mismo porvenir de la clase trabajadora que persistiese una dualidad de atribuciones. Era preciso que de una manera simple la organización que controla la inmensa mayoría de la población trabajadora se situase en el plano de las decisiones administrativas y ejecutivas" [18.294]. Esta es una versión pública de la posición cenetista en la que se eluden cuestiones muy importantes puestas de relieve por otros dirigentes de la organización. Así Abad de Santillán afirma "Se nos decía y repetía sin cesar que mientras persistiéramos en mantenerlo [al Comité] [...] no llegarían armas a Catalunya, ni se nos facilitarían divisas para adquirirlas en el extranjero, ni se nos proporcionarían materias primas para la industria" [13.529]. Y Broué completa la cita con otro párrafo significativo de Santillán en el mismo texto: "No teniendo más dilema que ceder o agravar las condiciones de la lucha... tuvimos que ceder. Nos decidimos entonces a disolver el Comité de las Milicias".

Parece pues que hubo conciencia, al menos en una parte de la dirección de la CNT, de que se trataba de una "cesión" obli-

gada por las presiones del gobierno republicano central, las cuales constituían un argumento de primer orden para los objetivos de Companys. Pero aún así, hay que destacar que los argumentos políticos que se utilizan para justificar la decisión revelan una confusión dramática sobre el papel del Comité y de la Generalitat; se habla de "dualidad de atribuciones", no de poderes. Y se atribuye "el plano de las decisiones administrativas y ejecutivas" a la Generalitat (lo cual, por otra parte, no se correspondía con la experiencia de los meses anteriores, en los cuales el Comité había funcionado con plena capacidad de decisión ejecutiva). Esta misma confusión aparece en un argumento muy conocido que utilizaron para justificar la constitución del gobierno Tarradellas no sólo dirigentes cenetistas, como García Oliver, sino incluso Andreu Nin: se trataba de "legalizar las conquistas de las masas". El que estos dirigentes políticos pensaran que esas conquistas necesitaban una "legalización" por parte de una institución republicana es muy significativo de esa debilidad política del "poder revolucionario" a la que me referí anteriormente. Del lado del POUM hubo debates algo más intensos sobre esta cuestión que conocemos gracias a los escritos de Juan Andrade. Según nos cuenta él mismo, el argumento que más pesó en la decisión, adoptada con su sola y débil oposición en el Ejecutivo del partido, fue la impotencia, el miedo al aislamiento y a las probables consecuencias de ello en el abastecimiento de las columnas del partido y en las posibilidades crecientes de una campaña del PCE por su ilegalización. No cabe duda de que estos riesgos existían. Otra cosa es que la decisión adoptada por el POUM contribuyera a eliminarlos.

En cualquier caso, Nin planteó dos condiciones para su participación en el gobierno; que hubiera en él una mayoría de las organizaciones obreras y que el programa fuera de "orientación socialista" [18.291-292]. Como en alguna otra ocasión a la que ya hemos aludido, sorprende que un marxista como él plan-

teara estas condiciones, que debería haber considerado según sus propias ideas, secundarias para definir la naturaleza del gobierno. Pero sorprende más aún que él mismo asumiera el papel decisivo en el desmantelamiento del Comité de Lleida (dirigida por el POUM y donde Companys temía que quienes fueran a disolverlo serían "Recibidos a tiros" [18.298]). No es probablemente algo casual que la disolución del Comité Central de Milicias tuviera lugar 24 horas después de que Nin hubiera convencido a sus camaradas de Lleida de hacer lo propio con su comité. Desde estos hechos no puede evitarse la perplejidad ante las palabras del mismo Nin en su toma de posesión a las que aludí hace unas líneas; "Vengo con la misión de legalizar y recoger lo que han hecho ya las masas trabajadoras en la calle". Lo que se había producido en realidad es que el poder revolucionario había reconocido la legitimidad del poder republicano y, actuando así, se había suicidado. *Treball*, el portavoz del PSUC, decía las cosas de una manera diáfana en un editorial el mismo 30 de septiembre: "Este Consejo tiene el deber de enderezar Catalunya del marasmo a la que la han condenado irresponsables pruebas de un revolucionarismo pueril" [18.294].

Pero no puede explicarse el desmantelamiento rápido y sin resistencia de una amplia estructura política como la de los Comités como simple producto de los errores de las organizaciones más identificadas con ellos. Lo que hemos llamado "contrarrevolución política" fue presentado ante las masas trabajadoras como un cambio administrativo formal, no como una ruptura en la dinámica revolucionaria establecida desde julio. El mantenimiento en el gobierno Tarradellas de las relaciones de fuerzas entre organizaciones que existía en el Comité Central contribuía a dar esta apariencia y a ocultar así el sentido profundo del cambio. Pero además el gobierno adoptó el 24 de octubre el Decreto de Colectivizaciones y Control Obrero como expresión de continuidad con la línea económica general característica de la

Catalunya revolucionaria y que la distingue radicalmente de la situación que hemos visto en Euskadi. Este es un tema especialmente polémico y exige que nos detengamos en él.

Para comprender el problema, vamos a volver a las primeras semanas de la guerra. Las colectivizaciones y la autogestión obrera que se extiende muy ampliamente por Catalunya, con especial incidencia en Barcelona, desde julio, son procesos espontáneos, impuestos por la propia situación creada por la guerra. Derrotada la rebelión militar, cuando los trabajadores vuelven a las fábricas encuentran en muchísimos casos que los patronos han huido: la autogestión y la colectivización son la condición de la puesta en marcha de la producción. Así, como ha ocurrido frecuentemente en los procesos revolucionarios, la dinámica de las fuerzas sociales desborda los programas económicos previstos por las organizaciones revolucionarias: hay que recordar que el 24 de julio, el POUM difundió un programa cuyos objetivos económicos más radicales eran el control obrero de la producción y el reparto de las tierras de los grandes propietarios a los campesinos pobres. Por su parte, la CNT había renunciado formalmente a proclamar el "comunismo libertario" y fue también desbordada por la dinámica de colectivización. Pero, una vez lanzado el proceso, los sindicatos de la CNT tomarían un papel protagonista en su extensión, que en pocas semanas alcanzaría no sólo a la gran industria, sino también a sectores del comercio y el espectáculo y, con menor intensidad, también a comarcas agrarias.

En una economía capitalista desarrollada, como era el caso en Catalunya, y más aún en condiciones de guerra, un proceso amplio de colectivización que no desemboca a corto plazo en alguna forma de planificación corre el riesgo de conducir a una situación caótica que desorganice el sistema productivo y provoque graves problemas sociales. Esto fue lo que se produjo en Catalunya. Por una parte, cada sindicato cenetista aplica-

ba la colectivización según sus propias ideas y estas eran, si nos atenemos por ejemplo al testimonio de Pérez Baró recogido por Fraser, extraordinariamente confusas¹⁹ [6. Vol I. p. 290 y siguientes]. Incluso dentro del campo revolucionario se dieron críticas muy duras a las orientaciones cenetistas en este terreno; también en el libro de Fraser, Juan Andrade llega a calificarlas de "capitalismo sindical", una expresión desmesurada pero indicativa del nivel de críticas existentes.

Tan importantes como los problemas económicos eran le problemas sociales. Esas "capas medias" a que se refería Vilar eran una componente social fundamental de Catalunya. Imponerles medidas de colectivización no sólo era en muchos casos irracional desde un punto de vista económico (como, por ejemplo, en el pequeño comercio y en ramas de servicios; se produjeron numerosas situaciones absurdas en sombrererías, barberías, salas de espectáculos... colectivizadas), sino que además creaba conflictos graves dentro de la propia base popular del proceso y alejaba a sectores de estas capas del campo revolucionario. El PSUC comprendió el problema con rapidez y basó su crecimiento en sectores de la pequeña burguesía, especialmente urbana, que encontraron en él una dirección firme y eficaz frente a las corrientes revolucionarias.

Todo este desorden favoreció que se desarrollara una fuerte presión por lograr la organización eficaz de la producción y, de nuevo, Companys tomó la iniciativa frente al Comité consiguiendo la creación el 11 de agosto del Consejo de Economía de Catalunya como organismo de la Generalitat encargado de "estructurar y normalizar convenientemente la economía catalana" [20.71]. Este Consell era, en su concepción y su composición, un claro antecedente del gobierno Tarradellas, que se constituiría un mes después, y una buena prueba de que la situación de "doble poder" iba evolucionando del lado de Companys.

El Consell elaboró un texto que tenía, a la vez, un carácter programático y de plan de acción inmediata. Su nombre, Plan de Transformación Socialista del País, es significativo de la ideología dominante en aquellos momentos, pero es también coherente con el tipo de medidas que se proponían: colectivización de gran y media propiedad industrial y de la gran propiedad agraria y control obrero en el sector privado de la economía. Aunque el Plan quedara en gran medida sobre el papel, me parece importante destacar su contenido para realizar una valoración objetiva del proceso de colectivización, que algunos historiadores actuales, como Enrique Ucelay, tienden a desfigurar gravemente; me referiré más adelante a este tema.

Pero el instrumento legal realmente operativo para la organización de la economía catalana fue el Decreto de Colectivizaciones y Control Obrero desarrollado ya bajo el gobierno Tarradellas. Este decreto fue presentado por la CNT y el POUM como la prueba de que el gobierno Tarradellas se mantenía en la dinámica revolucionaria del periodo anterior. En realidad, aparecen en él importantes limitaciones a esta dinámica. Las tres más significativas son: el compromiso de que la colectivización sólo afectara a las empresas de más de cien obreros (CNT y POUM proponían 50: PSUC y ERC, 250), lo cual excluía a un amplio sector de media propiedad y reducía considerablemente el peso del sector público, dada la estructura económica catalana de la época; la aceptación de las indemnizaciones para los accionistas "españoles" de las empresas colectivizadas (la CNT y el POUM habían aceptado, por razones diplomáticas, las indemnizaciones para los accionistas extranjeros, pero se habían opuesto a esta medida); la negativa a establecer el monopolio del comercio exterior, reclamada igualmente por la CNT y el POUM como complemento imprescindible de la política de colectivizaciones. En fin, tampoco se estableció un sistema de créditos adecuado, con la creación de una institución bancaria públi-

ca, propuesta por la CNT y el POUM, lo cual creó enormes dificultades de funcionamiento para las empresas colectivizadas.

En resumen, el Decreto se correspondía con la línea general del gobierno Tarradellas: se "legalizaban" efectivamente conquistas revolucionarias, pero estableciendo límites y controles sobre ellas destinados a detener la dinámica sociopolítica del periodo anterior. Aún así, la colectivización alcanzó una extensión considerable. Pagès recoge las cifras de Pujol, según las cuales al final de la guerra había en Catalunya 2.000 empresas colectivizadas, unas 5 ó 6.000 agrupadas en unas 600 variantes de cooperativas y unas 4.500 bajo control obrero. En el campo, las cifras varían mucho de unos a otros autores; podemos admitir una estimación de unas 400 empresas colectivizadas.

No parece adecuado hacer un balance sumario de esta experiencia utilizando simplemente un criterio político (es decir, afirmando su carácter "revolucionario" y juzgándola según la opinión de cada uno sobre la "revolución"), ni con criterios puramente económicos (es decir, atribuyéndole la responsabilidad del deterioro efectivo que sufrió la economía catalana). La experiencia funcionó en condiciones dramáticas, por las circunstancias que la guerra impuso a una economía de tipo exportador y por el abierto boicot del gobierno central, así como la hostilidad manifiesta de organizaciones políticas catalanas de poderío creciente, especialmente el PSUC. No tengo la pretensión de resumir en unas líneas esta complejísima experiencia revolucionaria frustrada. He tratado de señalar los problemas que me parece más importantes tener en cuenta para tratarla de comprender.

Un punto más sobre esta cuestión. A las múltiples interpretaciones de la experiencia colectivizadora se ha añadido recientemente la de Enrique Ucelay, a la que no puede negarse originalidad: se trataría de "una aproximación catalana a las

corrientes propias de la época hacia el Estado del bienestar" [15.168]. Creo que esta caracterización es una abstracción puramente intelectual, que parte de una incomprensión del esfuerzo del pueblo trabajador catalán por realizar una transformación revolucionaria de la sociedad; sin este esfuerzo, además, no creo que pueda comprenderse adecuadamente el papel que desempeñó Catalunya en la guerra civil. Ucelay realiza una crítica pormenorizada, y en muchos puntos interesante, de los errores y fracasos en el funcionamiento de las colectivizaciones. Pero no me parece aceptable que la conclusión de esta suma de errores pueda consistir en la eliminación del sentido que le dieron a las colectivizaciones los trabajadores que las llevaron adelante. Y este no tuvo ni la más remota relación con la organización de un Estado capitalista, aún bajo la forma del Estado del bienestar.

EL PSUC Y EL POUM

COMO HEMOS VISTO, LA POLÍTICA ECONÓMICA marca una diferencia radical entre Euskadi y Catalunya, incluso en un periodo en que ambos países viven procesos de reconstrucción del régimen republicano y, en ese sentido, existe lo que he llamado un proceso de "convergencia". Otro tema de diferencia radical es la gravedad de los conflictos políticos internos en Catalunya, que contrasta con el amplio consenso en torno a Aguirre que se prolongará hasta la etapa inmediatamente anterior a la caída de Bilbao en el caso de Euskadi. El enfrentamiento PSUC-POUM es el más grave de esos conflictos y uno de los acontecimientos más trágicos de la guerra civil. Fue también determinante en el curso y en el desenlace de la situación en Catalunya. Por ello voy a referirme a él para terminar este punto.

Estamos ante el único enfrentamiento conocido en Europa occidental entre organizaciones comunistas, una stalinista y otra anti-stalinista, que se da en condiciones de fuerzas

militantes relativamente equivalentes: ambas organizaciones contaban a finales del 36 con unas decenas de millares de militantes (el POUM se atribuía 30.000 el PSUC 60.000). Puede decirse que el desenlace no estaba jugado de antemano por una relación de fuerzas aplastante, como ocurrió con conflictos de este tipo en otros países de Europa o, dentro de la guerra civil, en Madrid.

En los límites de este trabajo solo es posible hacer una caracterización muy sumaria de ambos partidos. Digamos pues que el POUM representaba la continuidad de la tradición comunista catalana desde la Federación Catalano-Balear, y posteriormente el BOC, cuyo dirigente más conocido era Joaquim Maurín. Era un partido de composición fundamentalmente obrera, con influencia también campesina especialmente en Lleida, y prácticamente inexistente fuera de Catalunya. No formaba parte de ninguna corriente internacional: la calificación de "trotskista" fue un elemento de la batalla del PSUC contra él. En realidad las organizaciones trotskistas y el propio Trotsky realizaron ataques virulentos contra él desde el mismo día de su fundación. El POUM defendió en todo momento una estrategia de revolución socialista como vía para vencer en la guerra civil, al margen de las contradicciones que puedan señalarse en su práctica respecta a ella. Lo más característico de su orientación táctica fue la búsqueda de influenciar a la CNT, de ganársela para su política, considerando que esta era la condición imprescindible para la victoria. El POUM era, podríamos decir, el eslabón débil del campo revolucionario. Sobre él golpeó con notable eficacia el PSUC.

Este era un partido recién nacido al comienzo de la guerra civil por la fusión de corrientes socialistas y nacionalistas en torno a la Internacional Comunista. No tenía una implantación obrera significativa, ni llegó a tenerla hasta muy al final de la guerra: no son sólo sus enemigos los que lo afirman, sino el

propio Togliatti²⁰, bien situado para conocerlo [17.182]. Desde su fundación, el PSUC se comprometió, con una audacia y una firmeza notables, en una línea abierta de reconstrucción del poder republicano y de oposición radical a la dinámica revolucionaria sostenida por la CNT y el POUM. La historia oficial del partido atribuye a esta línea el espectacular crecimiento que experimentó en los primeros meses de la guerra; a su vez, este crecimiento se presenta como prueba de que la línea era "correcta". El asunto merece ser analizado. En realidad, hay al menos tres factores que parecen determinantes en el crecimiento del PSUC: un esfuerzo sistemático de organización de sectores pequeñoburgueses alarmados por el curso revolucionario de los acontecimientos, cuya organización principal fue el GEPCI²¹ [13.525]; un esfuerzo sistemático de ocupación del aparato local y nacional de la Generalitat, especialmente intenso tras la constitución del gobierno Tarradellas (Togliatti que, en general, es muy crítico con el PSUC, lo alaba precisamente en este terreno: "El partido ha comprendido muy bien una cosa: que deba llevar una lucha coherente por ampliar y reforzar sus posiciones en el ejército, en la policía, en el aparato estatal, etc" [17.135]; la utilización en su favor de la influencia soviética, que constituyó un tema central de su actividad desde llegada de los primeros barcos con alimentos el 10 de octubre. En mi opinión, el tercer factor fue el decisivo.

Fue precisamente el consulado soviético el que desencadenó formalmente la batalla contra el POUM. El POUM había denunciado las injerencias soviéticas para impedir su entrada en la Junta de Defensa de Madrid a finales de noviembre. El día 28, el consulado soviético publicaba una nota en *Treball* acusando al periódico del POUM, *La Batalla*, de "formar parte de la prensa fascista internacional". Inmediatamente, el PSUC tomó el relevo iniciando la campaña para expulsar al POUM del gobierno de la Generalitat. En unos pocos días la campaña tuvo

éxito. El 17 de diciembre se constituía el gobierno de unidad llamado "sindical", del cual el POUM quedaba excluido. El hecho es significativo de la enorme influencia adquirida por el consulado soviético y por el propio PSUC. Pero no hubiera podido realizarse sin el consentimiento de la CNT, que ni siquiera comprendió que, en realidad, en la batalla entre PSUC y POUM, ella misma era el objetivo final. La CNT justificó en realidad la composición del nuevo gobierno con un texto que no figurará en los libros de honor del anarquismo español: "Con esta solución de la crisis entendemos que no caben por parte de nadie lamentos ni reproches de ningún género. El POUM y el PSUC, los dos contendientes, cuyo pugilato nos ha llevado a la presente situación, quedan excluidos del Consejo de la Generalitat. Ambos están representados en la UGT (el texto pasa de lado sobre el hecho de que los tres "representantes" de la UGT en el gobierno eran destacados dirigentes del PSUC), ambos pertenecen a una misma rama ideológica, aunque ligeras concepciones accidentales y de táctica les separan. Ni uno, ni otro tienen derecho, a nuestro juicio, a deshacerse en clamores" [13.539]. El clamor del POUM se resumía en la siguiente advertencia: "Conseguido este objetivo inmediato, ¿cree alguien que el partido en cuestión renunciará a su propósito? [...]. Con nuestra eliminación ha conseguido la primera parte. Por el momento no se ha sentido con fuerzas para ir más allá" [13.538]. Los hechos posteriores dieron razón a la advertencia. Mientras proseguía la campaña contra el POUM, fueron creciendo los enfrentamientos e incluso los choques armados entre fuerzas de la Generalitat, en las cuales el militante del PSUC Rodríguez Salas ejercía un control creciente como Comisario de Orden Público, y grupos y militantes cenetistas. El control de las armas estaba en el centro de la confrontación. En realidad se trataba de poner en práctica las medidas de reorganización y control de todos los cuerpos armados que los sucesivos gobiernos de la Generalitat venían intentan-

do realizar, sin éxito, desde septiembre.

La CNT no comprendía el aspecto político del problema, del poder, pero especialmente su base sabía, o intuía, que si entregaba las armas las conquistas revolucionarias serían definitivamente aniquiladas. Por eso, los sucesivos intentos de los gobiernos de la Generalitat en este sentido quedaban en el papel. Pero desde febrero del 37 se entró en una fase de enfrentamiento decisivo. La analizaremos en el siguiente capítulo.

16. *Acción Nacionalista Vasca*, fundado como partido de centro-izquierda en 1930 fue evolucionando hacia la izquierda, manteniendo su identidad nacionalista. Se alió con el bloque antimonárquico en 1931; rompió posteriormente la alianza con la izquierda por sus desacuerdos en torno al tema del Estatuto; ingresó en 1936 en la coalición que representó al "Frente Popular" en Euskadi. Tomó parte muy activa desde el primer momento en la lucha contra la sublevación en Guipúzcoa y Vizcaya. Uno de sus militantes, Gonzalo Nárdiz, fue ministro de Agricultura en el primer gobierno Aguirre. Milicias de ANV participaron en la defensa de Asturias.

17. Por ejemplo el socialista Toyos, al que puede considerarse portavoz de Prieto, consideró el discurso "Justo y oportunísimo" y el comunista Astigarrabía "Excelente. Pronto tendrá repercusiones en la causa que defendemos".

18. "...caído Bilbao es verosímil que los nacionalistas arrojen las armas, cuando no se pasen al enemigo. Los nacionalistas no se batan por la causa de la República ni por la causa de España, a la que aborrecen, sino por su Autonomía y semi-independencia. Con esta moral es de pensar que, al caer Bilbao, perdido el territorio y desvanecido el Gobierno Autónomo, los combatientes crean o digan que su misión y sus motivos de guerra han terminado".

19. Destacamos entre las palabras de Pérez Baró las siguientes: "Y había tantas interpretaciones como se quisiera. La actitud de muchos obreros no cualificados de la CNT podría resumirse con las palabras "Ja està bé! (Ya está bien!) La revolución está hecha". Y se quedaban esperando el maná del cielo. Luego estaban los comités obreros más militantes que dirigían las empresas como si fuesen suyas, mientras que otros dejaban el control virtualmente en manos del propietario, limitándose a cambiar este título por el de 'gerente'. Había también comités que, empleando una medida demagógica decretada por la Generalitat y por la que ésta se comprometía a pagar a los obreros los jornales correspondientes a los días de huelga a raíz del 19 de julio, se limitaban a presentar sus listas semanales de salario a la Generalitat, que a su vez seguía pagándolos en vez de procurar poner las empresas en marcha".

20. "La fuerza del partido no es tan grande como piensan los camaradas. Sobre todo no es tan grande porque las organizaciones de base son muy pasivas. Débiles son las posiciones del partido en las fábricas (sobre todo en las fábricas de guerra) y de modo particular en Barcelona. Los cuadros del partido son predominantemente pequeñoburgueses".

21. Nombre por el que se conoce a la Federación Catalana de Gremios y Entidades de Pequeños Comerciantes e Industriales, en la que el PSUC organizó a más de 13.000 personas. La CNT decía que algunos de sus integrantes eran "...patronos intransigentes, ferozmente antiobreros...".

IV. La primavera de 1937: la derrota

LLAMA PODEROSAMENTE LA ATENCIÓN QUE DOS VICTORIAS tan extraordinarias como la resistencia de Madrid y la batalla de Guadalajara no tuvieran los efectos positivos que podrían haberse esperado, tanto en la clarificación política como en la moral y la unidad del campo republicano. Es en todo caso una muestra clara del desgarramiento y la crisis que se vivía en él, hasta el punto de que las propias lecciones de las luchas populares apenas afectaban a las confrontaciones entre estrategias y organizaciones políticas. Sobre todo Madrid, pero también Guadalajara, habían sido ejemplos de que los métodos de la guerra popular revolucionaria eran eficaces frente a las tropas franquistas. No veremos ninguna influencia apreciable de ello en los acontecimientos que van a venir en Euskadi y Catalunya.

Por el contrario, en el campo franquista sí se mostró una capacidad de sacar lecciones de la experiencia y dar el giro en la conducción de la guerra adecuado para sus intereses. El 21 de marzo, Franco decide orientarse a una guerra prolongada y, como primer objetivo, apoderarse del Norte. La ofensiva que empezó días más tarde y duró toda la trágica primavera del 37 decidió el curso de la guerra. Durante este tiempo va a producirse la derrota militar de Euskadi y la derrota política definitiva del proceso revolucionario en Catalunya. No estoy planteando un paralelismo: son dos acontecimientos muy diferentes y que,

además, se desarrollaron con una gran autonomía de uno respecto a otro. Pero juntos constituyen los datos esenciales para comprender la situación del campo republicano en este momento y el curso prácticamente inevitable hacia la derrota en que se hundió.

Los acontecimientos que vamos a presentar son todos ellos el desarrollo hasta sus últimas consecuencias de problemas que hemos visto en los capítulos anteriores. Por eso me ha parecido que el enfoque más claro es tratarlos como tales acontecimientos y sin seguir estrictamente un orden cronológico. Empezaré por los hechos de Mayo.

CATALUNYA: LOS HECHOS DE MAYO

UNA GUERRA CIVIL DENTRO DE LA PROPIA CLASE OBRERA, dentro, a su vez, de una guerra civil en la que el conjunto del pueblo trabajador se jugaba su destino frente a una poderosa fuerza reaccionaria es un acontecimiento tan complejo y dramático que puede entenderse que, más de cincuenta años después, se mantenga una polémica sobre su interpretación. Lo que ya es más difícil de entender es que la polémica siga afectando a los propios hechos. Y así, por referirme solamente a la bibliografía utilizada en este trabajo, Tuñón afirma que "en Barcelona, es el sector más extremista del anarquismo quien, en un intento descabellado de precipitar su revolución, está a punto de desestabilizar el Estado republicano" [1.31]; Garmendia se refiere a "Los sucesos de mayo en Barcelona, con la insurrección de las milicias del POUM y de parte de los anarcosindicalistas" (7.40). Ucelay presenta así los hechos "El incidente (el asalto a la Telefónica) puso al descubierto el conflicto interno entre diferentes grupos anarquistas, algunos de los cuales tomaron el protagonismo en la violencia que desbordó en la calle, intentando así recuperar la iniciativa que la CNT-FAI había ido perdiendo desde el verano y otoño anteriores. Al mismo tiempo, el POUM

(también con sus debates internos) calculó que podía imponer su propio sentido de dirección leninista a aquello que percibía como la incoherencia libertaria y así 'salvar la revolución'" [15.170]. En fin, Pierre Vilar presenta una lista de "interpretaciones partidistas" de diverso tipo de "provocaciones" ("...para el POUM, proviene de Moscú, vía PSUC; para el PSUC de Berlín, vía el POUM; para la CNT de un complot catalanista en París; para Franco de trece de sus agentes en Barcelona...") y ni siquiera se considera obligado a hacer un comentario sobre aquellas que ningún historiador serio toma hoy en consideración (es decir, todas salvo la primera, que no es la del POUM ni tampoco me parece correcta, pero al menos guarda cierta relación con los hechos, como se verá a continuación). El esfuerzo del historiador catalán Manuel Cruells para establecer una versión documentada y honesta de los hechos parece haber sido vano. No conozca ningún desmentido fundamentado a la versión de los hechos establecida por Cruells, así que la tomaré como punto de referencia. En realidad, para comprender los hechos de Mayo lo mejor es eliminar la búsqueda de conspiraciones y buscar su génesis en el agravamiento de la crisis catalana en los meses anteriores.

Recordemos entonces la campaña del PSUC contra el POUM, con las acusaciones de "fascismo", "quinta columna", etc., y la consiguiente crispación y división que introducía en las organizaciones y las masas populares. Este enfrentamiento reflejaba de una forma extrema la batalla de estrategias entre las posiciones revolucionarias y las que luchaban por la plena reconstrucción del poder republicano. Pero este enfrentamiento se fue agravando también en otros terrenos, en los que se ampliaban los bloques de fuerzas en conflicto; de un lado, la CNT estaba directamente afectada, del otro las mismas instituciones de la Generalitat se comprometían en la lucha.

Un conflicto sobre los abastecimientos venía enfrentan-

do desde diciembre al conseller Comarera y a los sindicatos cenetistas que le consideraban responsable de la escasez de alimentos existentes. El PSUC respondió alzando el punto de mira del conflicto y movilizando a sectores populares bajo su control con la consigna "Menos comités y más pan y que gobierne un solo gobierno: el de la Generalitat". Estas manifestaciones, que demostraban que el PSUC comprendía bien que el objetivo de acabar con el proceso revolucionario aún no había sido alcanzado, prosiguieron durante los primeros meses del 37, salpicados por acciones de los sindicatos cenetistas requiriendo por su cuenta alimentos de almacenes y comercios.

Aún más grave era el problema militar y de orden público. Las medidas de militarización de las milicias decididas en octubre del 36 habían progresado muy lentamente, pese al apoyo de los principales dirigentes cenetistas, por la resistencia que oponían sus propias bases. Puede decirse que sólo en el verano del 37 se consiguió organizar realmente un Ejército "regular", según las normas del gobierno republicano.

En este terreno no hubo enfrentamientos relevantes. En cambio, en la organización del orden público los conflictos fueron graves y constantes, especialmente desde el nombramiento de Rodríguez Salas en diciembre del 36. El momento más dramático antes de mayo fue cuando, a finales de febrero, la consejería de Seguridad de la Generalitat ordenó la disolución de las patrullas de control y la unificación de todos los cuerpos policiales. Días después se ordenaba la entrega a la Generalitat de todas las armas largas y explosivos que hubiera en la retaguardia. Ninguna de las medidas fue aceptada ni cumplida por la CNT y el POUM. Mientras, proliferaban los enfrentamientos armados entre las fuerzas de la Generalitat y militantes cenetistas. La agudización de este conjunto de enfrentamientos polarizaba más claramente aún las alternativas políticas. Durante los primeros meses del 37, las juventudes del POUM, la JCI, y las

Juventudes Libertarias constituyeron el Frente de la Juventud Revolucionaria, con una gran influencia de masas, y opuesto radicalmente a las Juventudes del PSUC, la JSU (digamos entre paréntesis que quizás estuvo aquí la última oportunidad de cambiar las relaciones de fuerzas en favor de los revolucionarios; pero tras los hechos de Mayo, el Frente se rompió y las Juventudes Libertarias iniciaron la aproximación a las JSU). La orientación fundamental del Frente era la "defensa de las conquistas revolucionarias y la liquidación de las supervivencias del pasado burgués". La orientación de las JSU, según consta en un documento aprobado en abril del 37 era: "1. Defender la República Democrática [...]. 2. Ser la juventud 'gubernamental', actuando y siendo el soporte del gobierno legítimo de la República [...]. 3. Defender la unidad de todos los jóvenes antifascistas puesta al servicio de la independencia nacional (referida a España, no a Catalunya) y negar la fraseología ultrarrevolucionaria 'trotskysta'" [16.199]. Esta es la descripción de la caldera que explotó en mayo.

La decisión de Rodríguez Salas de tomar por asalto la Telefónica, en poder del Sindicato de la CNT, no necesita de ninguna teoría conspirativa para ser entendida. Fue una acción de especial envergadura, pero coherente con todas las que se iban intentando para acabar con las bases del movimiento revolucionario, que subsistían aún con considerable fuerza. Quizás no habían previsto la fulminante y masiva reacción de los militantes cenetistas y poumistas, en los que la acción tuvo el efecto de una chispa sobre las graves tensiones acumuladas desde hacía meses. Hubo una posibilidad de compromiso, por medio de la destitución inmediata de Rodríguez Salas y el conseller Aiguadé. El compromiso no se aceptó porque hubiera significado un retroceso en el objetivo de afirmar a la Generalitat como única autoridad política y una victoria para los revolucionarios. Fue el rechazo a este compromiso lo que desencadenó la lucha de barricadas.

Se trató de un enfrentamiento muy desigual entre un proceso revolucionario en descenso y a la defensiva y un proceso de "contrarrevolución democrática" en ascenso y a la ofensiva. No hubo por parte de la CNT y el POUM ni lucha por el poder, ni la posibilidad de emprenderla. Hubo, eso sí, por parte del POUM y de los militantes cenetistas un intento de defender las conquistas revolucionarias que quedaban y, en los momentos más optimistas, la ilusión de que podría reorientarse el proceso político, aunque dentro de límites modestos. Juan Andrade propuso en nombre del POUM a la dirección de la FAI una operación de toma del Palacio de la Generalitat cuyo objetivo era establecer "un pacto, estipular garantías y conseguir posiciones que no fueran las de una simple capitulación". La propuesta no fue aceptada; el tipo de acción planeada por Andrade quizás era desmesurado, reflejando la desesperación del momento; pero en cambio los objetivos que proponía son, en mi opinión, los más razonables en aquellas circunstancias. La dirección CNT-FAI confió, una vez más, en las promesas de Companys de que no habría represalias y dedicaron todos sus esfuerzos a que sus militantes abandonaran las barricadas, sin la menor garantía de alcanzar ninguno de los objetivos que los habían llevado a ellas. Esto constituyó, de hecho, una capitulación. No hay datos para considerarla inevitable. Pero, en mi opinión, tampoco los hay para considerar los hechos de Mayo como una ocasión fallida de volver a colocar a Catalunya en el camino revolucionario, versión difundida especialmente por el reducidísimo núcleo de militantes trotskistas, cuyos puntos de vista se recogen en el libro de Félix Morrow, *Revolución y contrarrevolución en España*, un reportaje periodístico de tan indudable aliento revolucionario como escaso interés histórico y político.

El día 5, el gobierno central, con el apoyo expreso de Companys, se incautó las competencias de orden público y defensa. El día 7, 12.000 hombres enviados por el gobierno cen-

tral se hacen con el control de la situación. Ahora sí que el proceso revolucionario de Catalunya ha sido definitivamente derrotado, aunque el POUM, confundiendo sus deseos con la realidad, afirme que "el proletariado ha conseguido una victoria parcial...". Unas semanas después, el partido era ilegalizado y sus militantes perseguidos o, como fue el caso de Nin, asesinados. Aproximadamente, en aquellos mismos días cayó Bilbao.

LAS CAUSAS DE LA DERROTA EN EUSKADI

LA OFENSIVA FRANQUISTA LANZADA A FINALES DE MARZO sobre el frente del Norte dio a Euskadi el papel decisivo para el futuro de la guerra. Los casi tres meses de lucha que se vivieron allí estuvieron caracterizados por una superioridad militar aplastante de las tropas franquistas; la capacidad de resistencia verdaderamente heroica de las fuerzas militares y populares de Euskadi republicana sólo sirvió para retrasar la derrota. La importancia de esta derrota, simbolizada en la caída de Bilbao el 19 de junio, para la causa republicana (las citas que recoge Garmendia de Salas Larrazábal y Thomas son demostrativas)²² [7.34-35] hacen fácilmente comprensible la dureza de la polémica sobre las causas de la derrota. Este es el tema que voy a tratar desde distintos puntos de vista.

Nadie pone en duda la enorme superioridad de fuerza militar con que contaban las tropas mandadas por Mola, especialmente en la aviación, que constituía el eje central de la estrategia diseñada para la ofensiva del Norte [1.29 y sig.]. Tuñón ha aportado testimonios muy interesantes sobre la capacidad destructiva del arma aérea, no solamente en el terreno material, sino también en la moral de las tropas vascas: la impotencia que se refleja en la carta de Ciutat al coronel Rojo es impresionante [1.37]²³. La polémica está en si éste era un problema materialmente resoluble, es decir, si el gobierno de la República tuvo la oportunidad de dar una ayuda aérea suficien-

te a Euskadi y no lo hizo por mala voluntad o por errores del Estado Mayor, en definitiva, si Euskadi fue colocada en situación de "indefensión" por una "traición manifiesta" del gobierno republicano, según los telegramas enviados por Ajuriaguerra a Irujo el 13 de junio. Por el contrario, puntos de vista representativos de la opinión del gobierno republicano dan una importante responsabilidad en la derrota a errores militares del gobierno vasco. Así, el informe de Martínez Cabrera citado por Azaña afirma: "Nunca a pesar de lo que decía el Gobierno Vasco se ha organizado allí un verdadero Ejército, no obstante haber gente y material de sobra para ello. Han faltado disciplina, mando, unidad de acción, voluntad de cooperar en el fin común [...]" [7.38]. Creo que hay datos suficientes para formular opiniones razonables sobre estas polémicas referidas a cuestiones militares; las que tienen que ver con temas políticos se tratarán más adelante.

En primer lugar, no parece que tenga fundamento la acusación de abandono dirigida por los nacionalistas vascos contra el gobierno central. Particularmente, en lo que se refiere a la aviación, hay documentación suficiente de los intentos realizados tanto por el gobierno Largo Caballero como, con mayor intensidad, por el gobierno Negrín, con Prieto al mando de toda la política de Defensa. En realidad, la República no estaba en condiciones de suministrar una ayuda aérea a Euskadi que pudiera resultar eficaz frente al poderío de las aviaciones italiana y, sobre todo, alemana. Organizar una resistencia militar que pudiera obtener éxito en esas condiciones era una cuestión fundamentalmente política.

Por otra parte, los principales errores militares que son responsabilidad del Gobierno vasco eran muy anteriores a la ofensiva de primavera; en realidad empezaron en cuanto el Gobierno entró en funciones: no realización de una depuración eficaz; no organización de la necesaria y posible industria de

guerra... Estos fallos gravísimos eran conocidos y tolerados, si no apoyados, por el gobierno republicano; las críticas sólo aparecieron en el momento de la derrota.

En cuanto a las malas relaciones en el terreno militar del gobierno Aguirre con los mandos republicanos, precisamente a partir de la ofensiva franquista, hay intentos muy claros de Aguirre de mejorar la situación. Recordemos que Aguirre asume el mando del Ejército tras el fracaso de dos sucesivos intentos de dárselo a generales como Pozas y Asensio, hombres clave del aparato militar central republicano. Es el gobierno Largo Caballero quien se niega a enviar a Bilbao a estos generales. Y, por otra parte, Aguirre ejercerá el mando sólo unas pocas semanas y lo entregará de buen grado a Gámir y su cuerpo de oficiales, en cuanto éste llega a Bilbao, pocos días antes de la derrota. En fin, otros problemas importantes en la organización militar de las tropas vascas, como el papel central que desempeñaban las columnas o batallones de partido, seguían siendo la norma en el campo republicano en aquellas fechas.

En conclusión, no pienso que puedan esgrimirse problemas militares como la causa fundamental de la derrota, ni en la versión del Gobierno vasco, ni en la de las autoridades republicanas.

Pienso que los problemas fundamentales fueron de naturaleza política y es normal que sea así en una guerra civil, un tipo de confrontación militar en el que la política está especialmente en el puesto de mando. Hay, claro, muchos temas políticos que afectan a la cuestión; me referiré a los que me parecen más importantes.

En un capítulo anterior utilicé una cita de Fusi comentando el programa de Guernica en la que afirmaba, en un sentido más bien elogioso, que éste "era lo que se esperaba del PNV"; pues puede decirse también que el gobierno Aguirre condujo la guerra, como "podía esperarse" que lo hiciera. Creo que la

única, posibilidad de resistencia, en condiciones de fuerza militar muy desfavorables era utilizando métodos de guerra popular revolucionaria. Por eso me parece que llevaban razón quienes reclamaban una defensa de Bilbao según el ejemplo de Madrid. Y es verdaderamente significativo que la respuesta de Leizaola fuera una excusa urbanística -el trazado recto de las calles bilbaínas [7.34] -, totalmente irrelevante ante una cuestión política decisiva como ésta.

La catastrófica decisión de dejar intactas las fábricas de Bilbao, pese a que como señala Rubial era posible incluso inutilizarlas sin destruirlas [6.II.151] con el argumento de que "pensamos y esperamos volver", es también lo que "podía esperarse" del PNV, no sólo por la experiencia de la batalla de Guipúzcoa al comienzo de la guerra, donde se utilizaron ya criterios similares, sino también porque es lógico que un partido como el PNV considere un objetivo esencial mantener intactas las fábricas de la burguesía vizcaína, aunque fuera consciente del riesgo inminente de que cayeran en manos del enemigo en la guerra civil. Finalmente, la terrible explosión de deserciones y desmoralización en los momentos finales, que confirmaron la amarga y cínica lucidez de Azaña²⁴ [7.37] es también "lo que podía esperarse" de la absoluta hegemonía que se había entregado al PNV en la dirección política de Euskadi.

Como conclusión, es interesante recordar una idea que apareció ya en el capítulo anterior. El PNV pudo gobernar sin apenas oposición. Fraser se refiere a un documento crítico de los partidos del Frente Popular vasco hecho público justo antes de la ofensiva franquista. Pero aporta un testimonio que pone en cuestión la coherencia de estas críticas en la práctica de los propios partidos firmantes²⁵ [6.II.135]. Las críticas, cuando llegaron, llegaron tarde. En el caso del documento del PC de Euskadi de diciembre de 1937 citado por Garmendia, tiene más el sentido de un ajuste de cuentas que de una autocrítica. El PC

de Euskadi, como el PC español no tenían legitimidad para criticar a nadie por "amordazar" al proletariado o imposibilitar que "la intervención activa de las masas en la vida política del país impusiera un cambio a la orientación política del gobierno". Unos meses después de los hechos de Mayo, estas palabras suenan a sarcasmo.

EL PACTO DE SANTOÑA

PERO SI EL ASPECTO FUNDAMENTAL DE LA BATALLA de Euskadi es intentar comprender "por qué" se perdió, también hay que referirse a "cómo" se perdió. Sólo recientemente han podido conocerse los informes de los comisarios del Gobierno vasco Lejarcegui y Ugarte, en los que relatan a sus jefes con todo detalle cómo se organizó lo que ha pasado a la historia con el nombre de Pacto de Santoña. Desgraciadamente la extensión de estos documentos impide reproducirlos. Haré un breve resumen de los hechos, siguiendo la versión establecida por José María Garmendia.

El 11 de mayo, el cónsul italiano Cavaletti se entrevista con Onaindía y le transmite la disposición del gobierno de Mussolini a intervenir como garante de la rendición de Bilbao. Recomienda para ello que exista una petición formal del Gobierno vasco, preferentemente en forma de telegrama de Aguirre al Duce. Aguirre no acepta conversaciones sobre una rendición y confía aún en que es posible la defensa de Bilbao. Pero a mediados de mayo la situación es desesperada. Aguirre queda desplazado de la dirección de los acontecimientos, por razones que no están claros, y Ajuriaguerra toma las riendas.

El día 16 ordena que Onaindía realice una gestión ante el cónsul italiano, "como cosa de él, creyendo interpretar nuestros pensamientos, que si las tropas Franco entrasen en Bilbao espera que italianos que han llegado a comprender nuestra problema querrán ser salvaguardia de vidas de la población

civil y que nosotros estaremos hasta el último momento para evitar desórdenes". Aquí empieza a fraguarse el Pacto de Santoña. El 19 de junio, cae Bilbao: el PNV se responsabiliza de poner en libertad a los presos políticos franquistas y de impedir todo daño a edificios e instalaciones industriales. Esto no evita los bombardeos de la aviación franquista. Ajuriaguerre encarga a Onaindía que comunique los hechos a los italianos. La desmoralización es total en los batallones nacionalistas. Ajuriaguerra se reúne con los jefes militares para organizar la rendición y envía a Italia a Onaindía con el encargo de que informe al Gobierno italiano sobre las características del pueblo vasco, la ideología nacionalista -cuestión a la que, como era de esperar, el Conde Ciano, ministro de Asuntos Exteriores de Mussolini no hará el menor caso- y le manifieste la "Esperanza de que el Duce apoye nuestras legítimas aspiraciones".

Mussolini comunica a Franco la posición del PNV y la conveniencia de llegar a un acuerdo por la posibilidad que se abriría con él del derrumbe del frente del Norte y por "el aspecto moral mundo católico al desaparecer contienda pueblo católico vasco". Franco acepta, aunque duda que las fuerzas militares vascas obedezcan a sus dirigentes. Pero existe un malentendido que tendrá consecuencias. Mussolini está pensando en que habrá una rendición pública. Por el contrario, la idea del PNV es montar una farsa: "la rendición ha de ser precisamente en forma de operación militar, es decir, como resultado de una victoria 'italiana' sobre el campo de batalla y sin que aparezca en momento alguno la existencia de negociaciones de carácter diplomático". La farsa busca ocultar la realidad al gobierno republicano, del que sigue formando parte el dirigente nacionalista Irujo, evitar toda responsabilidad en los hechos al Gobierno vasco y al PNV, como tales, y guardarse las espaldas ante la posibilidad de que el curso de la guerra cambiara y la República terminara venciendo; hay que recordar que estamos

todavía en el verano de 1937 y quedaban aún ilusiones o dudas sobre la conclusión de la guerra. Establecido el objetivo de la farsa, se tratará ahora de montar la escenificación. El 20 de julio, la dirección del PNV informa del proyecto a los comisarios de guerra del partido.

Dos de estos comisarios, Lejárcegui y Ugarte, escribieron el informe que ha permitido un conocimiento claro de los hechos. Según este informe, la base del plan consistía en que "los vascos no lucharían, sino que se mantendrían en situación defensiva, sin abandonar tampoco el frente que miraba a Euskadi, o sea, sin prestar ninguna colaboración al resto del Ejército del Norte".

Para realizar esto era necesario el control estricto del PNV sobre los batallones del partido. Por eso, cuando el general Gamir intenta disolver estos batallones y formar un Ejército regular, el PNV organiza una verdadera rebelión, que llega a la retirada de las unidades nacionales del frente. Gamir rectifica y deja las manos libres el PNV. Durante todo el mes de julio, los actos de rebelión e indisciplina de estos batallones se multiplican. Lejárcegui y Ugarte informan de que "nuestro papel es muy airado no solamente ante los Jefes militares, sino también ante las Organizaciones políticas y sindicales de Euzkadi y del Norte [...] equivaliendo nuestro papel al de unos verdaderos agentes provocadores con todos los visos de estar laborando más por el enemigo que por la causa "antifascista". Esto no les impide añadir, coherentemente con su lealtad al PNV: "El comportamiento de los Jefes, Comisarios y Oficiales de los Batallones nacionalistas en este transcurso de tiempo es lo mas loable y lo mas digno [...]".

Como consecuencia de la aplicación del plan, el PNV decide boicotear una importante ofensiva lanzada por el Ejército del Norte y llama a sus jefes militares a desobedecer las órdenes de detención dictadas contra ellos, a consecuencia de

estos hechos, por el general Gamir.

El 17 de agosto, Ajuriaguerra se reúne con los mandos militares italianos en San Juan de Luz: les informa exactamente de la disposición de las tropas nacionalistas y se llega a un acuerdo sobre las condiciones de evacuación de los responsables militares y políticos del PNV.

El día 14 se inicia la ofensiva franquista sobre Asturias. Los batallones nacionalistas que corren el riesgo de quedar aislados reciben la orden de desertar. Como dicen Lejárcegui y Ugarte: "Todo nuestro empeño consistía en dos cosas. Primero, evitar toda participación en la lucha de nuestros batallones y después debilitar el frente de tal manera que las Divisiones 'italianas' pudieran moverse a su antojo [...]".

El día 23 todas las unidades nacionalistas consiguen concentrarse en Santoña y quedar totalmente aisladas de las tropas republicanas, condición necesaria para la conclusión del plan. Ajuriaguerra pide un aplazamiento de 48 horas de la fecha fijada para la rendición: el 24 de agosto.

A partir de aquí las cosas empiezan a torcerse. Errores en la comunicación con los mandos italianos llevan a que estos den por incumplido el plazo de rendición y por consiguiente los compromisos establecidos. Los barcos encargadas de la evacuación no aparecen. Ajuriaguerra intenta una nueva negociación con el general Mancini que no conduce a resultados prácticos. Finalmente aparecen los barcos en el puerto de Santoña, pero la intervención de la marina franquista impide la evacuación. Un compromiso de última hora con Mancini establece que los jefes políticos y militares nacionalistas se concentrarán en algún edificio protegido por tropas italianas, que garantizarían una evacuación posterior. Ajuriaguerra y otros dirigentes nacionalistas eligen como refugio el penal de El Dueso, que queda vigilado por tropas italianas, junto a los campos de concentración de Castro y Laredo, donde estaban soldados nacionalistas

y población civil. Pero el 4 de septiembre las tropas italianas son relevadas por el Ejército franquista.

El 15 de octubre 14 dirigentes políticos y militares del PNV son fusilados. Ajuriaguerra condenado a muerte salva la vida gracias a la presión del mando italiano. Todavía reapareció en la vida política y jugó un papel significativo como dirigente del PNV tras la muerte de Franco. Hasta su muerte guardó celosamente el secreto de lo que había sido realmente el Pacto de Santoña. Sólo la publicación en 1983 del libro de Onaindía sobre los hechos permitió conocer la verdad.

El Pacto de Santoña no fue pues propiamente un pacto. Fue una traición manifiesta y escrupulosamente organizada. No alcanzo a comprender que Fusi resuma el tema considerándolo simplemente como "el resultado del particularismo vasco" [5.160]. Incluso desde el punto de vista de los intereses del PNV, y dejando aparte la repugnancia moral que produce el conocimiento de los hechos, el Pacto constituía una decisión políticamente absurda, y que sólo podía conducir a resultados catastróficos para las propias filas nacionalistas.

Es interesante referirse a cómo presenta, o mejor "alude" al problema José Antonio Aguirre, porque ésta ha debido ser la versión oficial del asunto en los medios nacionalistas vascos hasta que se descubrió la superchería. Aguirre [9.973] presenta el Pacto como la consecuencia, justificada, del rechazo por parte del gobierno de la República a su plan de trasladar 40.000 soldados vascos a Catalunya a través de Francia. Aguirre presenta su descabellado plan como la prueba de una voluntad de resistencia militar, que no pudo materializarse por responsabilidad republicana, y al Pacto como la forma de evitar "un sacrificio inútil e imbécil". Quizás, aunque parece poco probable, Aguirre seguía en 1956 tan al margen de los hechos como lo estuvo en junio del 37. Pero en cualquier caso su versión es contradictoria hasta con la cronología: la decisión de preparar el

Pacto de Santoña es adoptada por el BBB, con Ajuriaguerra al frente, el 16 de junio, antes, por consiguiente, de la propuesta de Aguirre. Objetivamente, al menos, el informe del presidente del Gobierno vasco cumple una función de falsificación de la historia y de agresión a la memoria popular del pueblo vasco similar a la del informe del 4 de octubre de 1937²⁶ [7.62]. Estos fueron los resultados prácticos del criterio de Ajuriaguerra de evitarle al Gobierno vasco o al EBB "cualquier nivel de responsabilidad" en la rendición [7.55]. O dicho más crudamente "Un ejército que ya no puede luchar se rinde; un gobierno, jamás" [2.210], según una expresión de Iturralde que pretende ser digna, pero en su contexto concreto, es simplemente hipócrita. Para finalizar, quisiera referirme a un aspecto político del problema que no me resulta claro. La posibilidad de la "paz separada" estuvo presente en la política del PNV desde los primeros días de la guerra y su instrumento fundamental fue el Vaticano. Ese era el objetivo del telegrama del Cardenal Pacelli del 12 de mayo de 1937²⁷ [7.45]. Garmendia interpreta tanto este telegrama como los contactos que tuvieron lugar en aquellos mismos días entre portavoces de Mussolini y Franco con Onaindía como iniciativas que responden a un interés "que no puede ser otro que el del Vaticano". ¿Por qué? ¿Por qué ese interés no podía ser el de Franco, utilizando la complicidad de la diplomacia vaticana? No veo ninguna razón para excluir esta posibilidad.

A lo largo de toda la guerra civil, el frauquismo hizo "política", con mucha eficacia para sus intereses y obteniendo excelentes resultados. En la situación de Euskadi a mediados de mayo, introducir la posibilidad de una "paz separada" era una bomba de relojería que podía tener efectos demoledores. Quizás Franco contó en la batalla del Norte no sólo con la superioridad aérea y artillera, sino con una superioridad política, que contribuye decisivamente a la catástrofe de los últimos días de junio. Garmendia se pregunta [7,63] por qué no se exigieron

responsabilidades a Aguirre por todos estos hechos tras la derrota y su instalación en Catalunya. Y creo que responde correctamente con dos razones; una, de carácter diplomático. "Los esfuerzos de Negrín de lograr la paz "honrosa" denunciando la agresión fascista extranjera, cuadraban perfectamente y obligadamente con la presencia en su gobierno de una formación católica que contaba con muchas simpatías en Europa"; la otra, directamente política, "el mutuo interés en salvaguardar formalmente la alianza del 36".

Creo que la clave del tema que he tratado en este trabajo se encuentra en esa alianza y en que no era solamente formal, sino que incluía elementos estratégicos y políticos decisivos comunes entre todas las fuerzas que colaboraron en la reconstrucción de la República tras las primeras semanas revolucionarias de la guerra. El gobierno Negrín, antes de los conflictos con el PNV y Esquerra de agosto del 38²⁸, constituye la mejor encarnación de la "unidad republicana" en torno a esa estrategia que condujo, por diversos caminos, a la derrota.

22. Salas dice que con la caída de Bilbao "el equilibrio está roto definitivamente en contra de la República". Thomas aporta el dato verosímil de que "Vizcaya producía la mitad de los explosivos de toda España".

23. Ciutat cuenta así la reacción de los soldados ante los bombardeos: "...llega la noche, se aguanta al principio, se trata de fortificar y elevar los ánimos, pero apenas despunta la claridad del día, se apodera de los ánimos un pavor tal ante el porvenir de catorce horas de luz, que las posiciones se abandonan al mas mínimo pretexto". El gobierno Negrín, en el que Prieto era ministro de Defensa, nombró al general Gamir "Jefe del Cuerpo de Ejército del País Vasco". Gamir se incorporó a su puesto a finales de mayo y fue aceptado por el gobierno autónomo, asumiendo las funciones militares que ejercía Aguirre.

24. Ver nota 18.

25. Los partidos del Frente Popular en Euskadi pedían la fusión de las milicias en un Ejército popular bajo mando único del Ejército del Norte (ANV planteaba que este mando debía ser "condicional"), el nombramiento de comisarios políticos, la "enérgica eliminación" del enemigo en la retaguardia, la nacionalización de la industria necesaria para la guerra y de la

banca, el control obrero, etc. Pero el representante de ANV en el gobierno, Gonzalo Nárdiz, dice no recordar que hubiera grandes diferencias políticas en el gobierno hasta la fase final de la defensa de Bilbao. Esta opinión es coherente con los hechos y con la trayectoria de estos partidos desde la constitución del gobierno Aguirre.

26. Este informe constituye un conjunto de falsedades sobre la base de presentar la rendición del Ejército vasco como resultado de la situación de los vascos (es decir, nacionalistas), dispuestos a luchar hasta la muerte "por la Razón y la Libertad de su raza, única fiel al principio de Cristo, en medio de la cobardía y la traición de las demás fuerzas republicanas". Lejarcegui y Ugarte elaboraron este engendro para "justificar" la rendición ante el Gobierno republicano.

27. El contenido del telegrama era el siguiente: Franco y Mola hacen saber que en caso de rendición de Bilbao se comprometen a mantener intacta la ciudad, a garantizar el respeto de personas y cosas y la libertad de los soldados que se entreguen con sus armas, incluidos los jefes, salvo los culpables de delitos comunes; se promete una descentralización administrativa y una "justicia progresiva" según los principios de la *Rerum Novarum*. El texto termina afirmando que "el Santo Padre exhorta a Vuestra Excelencia a tomar en atento y solícito examen de dichas proposiciones con el deseo de ver finalmente cesar el sangriento conflicto". El telegrama fue interceptado por el gobierno republicano y nunca llegó a su destino.

28. El 5 de agosto de 1938, Negrín propuso en el Consejo de Ministros medidas para que todas las industrias de guerra de la Generalitat pasaran a depender del Gobierno republicano. En realidad estas decisiones eran coherentes con la actitud general del Gobierno de eliminar todo vestigio de autonomía de la Generalitat. Pero ésta fue la gota que colmó el vaso provocando la dimisión de Aiguader y por solidaridad de Irujo, los representantes del PNV y Esquerra en el Gobierno de "unidad nacional". Según cuenta el ministro socialista Zugazagoitia, Negrín era un nacionalista español exaltado, al que atribuye estas palabras: "...No hay más que una nación: España! [...] Antes de consentir campañas nacionalistas que nos lleven a desmembraciones, que de ningún modo admito, cedería el paso a Franco sin otra condición que la de que se desprendiese de alemanes e italianos. En punto a la integridad de España soy irreductible...". Negrín podría haber formulado a su manera la frase de Calvo Sotelo: "Antes una España negra que una España rota".

APÉNDICE

El proletariado español ante la revolución en marcha*

por Andreu Nin

CAMARADAS: EL EJÉRCITO ESPAÑOL, CONOCIDO POR SU incompetencia, es famoso no por sus victorias sino por sus derrotas. Como mucho puede alardear de victorias contra la clase obrera dentro del país. Peor siempre que ha tomado parte en acciones militares fue siempre sistemáticamente aplastado. Sabíamos que la jerarquía del ejército español era cobarde e incompetente, pero la experiencia nos ha enseñado que además era increíblemente estúpido.

Imaginar la imbecilidad del militar español que, tras laboriosos preparativos, se sublevó el 19 de julio, una revuelta que se proponía acabar con el movimiento obrero, suprimir sus conquistas y destruir sus organizaciones -resumiendo, instalar una dictadura sangrienta en nuestro país como la que padecen los italianos, alemanes y austríacos.

Los militares querían aplastar al movimiento obrero. Nunca hemos dudado del carácter proletario de la Revolución

* Transcripción del discurso pronunciado por **Andreu Nin** en le Gran Price de Barcelona el día 6 de septiembre de 1936. Publicado en forma de folleto por la Editorial Marxista y reeditado con una colección de artículos y discursos de Nin titulado Los problemas de la revolución española, Ruedo Ibérico, París, 1971, pp. 175-184.

española, pero fue tarea de unos militares tan estúpidos como los españoles acelerar el proceso revolucionario con la sublevación del 19 de julio, provocando una revolución proletaria más profunda que la Revolución rusa misma.

EL PROLETARIADO ESPAÑOL NO LUCHA POR LA REPÚBLICA DEMOCRÁTICA

TRABAJADORES DE BARCELONA: NOS HABÉIS OÍDO diversas veces en esta misma tribuna, en el curso de nuestra revolución, y puedo tener el orgullo de decir que los acontecimientos han confirmado plenamente las previsiones de nuestro partido, previsiones que, en unos momentos en que el Frente Popular se llevaba detrás a las masas trabajadoras de Catalunya y de España, nos aportaron la popularidad. La víspera misma de las elecciones, afirmábamos desde esta misma tribuna que el problema en España no podía resolverlo la democracia burguesa, porque si los republicanos de izquierda volvían a gobernar lo harían todavía peor que en la primera etapa de gobierno; no por falta de buena voluntad, sino porque en España el problema de la revolución sólo podía resolverse atacando directamente los privilegios de las clases explotadoras; eso no lo podía hacer un gobierno burgués, por muy avanzado que fuese, sino que lo había de hacer la clase trabajadora, que no vacila en este orden como la pequeña burguesía.

Decíamos nosotros, después de la victoria del 16 de febrero, que la revolución no ha terminado; la lucha no ha acabado; la lucha continúa, porque la lucha no está entablada -decíamos- entre la democracia burguesa y el fascismo, sino entre el fascismo y el socialismo, entre la clase obrera y la burguesía. Y los hechos, compañeros, nos han dado plenamente la razón. La clase trabajadora, con las armas en la mano, cerró el paso al fascismo en Catalunya el 19 de julio y ha planteado crudamente el problema del poder.

La lucha continúa en toda España. ¿Es que la clase obrera, que tiene las armas en la mano, en los momentos presentes ha de defender la república democrática? ¿Es que la clase trabajadora de Catalunya, es que la clase trabajadora de España está realizando enormes sacrificios, está derramando su sangre para volver a la república del señor Azaña?

La clase trabajadora de Catalunya y la clase trabajadora de España, no lucha por la república democrática. La revolución democrática en España hasta ahora no se había hecho. Cinco años de república y ninguno de los problemas fundamentales de la revolución española se había resuelto. No se había resuelto el problema de la Iglesia, no se había resuelto el problema de la tierra, no se había resuelto el problema del ejército, ni el problema de la depuración de la magistratura, ni el problema de Catalunya. Y bien, compañeros, todos estos objetivos concretos de la revolución democrática han sido realizados no por la burguesía liberal, que no lo había podido hacer en cinco años sino por la clase trabajadora, que los ha resuelto en pocos días con las armas en la mano. El problema de la Iglesia ya sabéis como se ha resuelto: no queda ni una iglesia en toda España; el problema de los bienes de la Iglesia, de la fuerza económica de la Iglesia también está resuelto por la expropiación pura y simple. El problema de la tierra está resuelto porque los trabajadores no esperaban la resolución de este problema por la ley de contratos de cultivo o por el Instituto de la Reforma agraria, sino que los campesinos han expulsado a los propietarios y se han quedado con la tierra.

Había otro problema, el del ejército. Se hablaba constantemente de depurar la oficialidad. La clase trabajadora ya ha depurado el ejército destruyéndolo y creando las milicias, que se transformarán en un verdadero ejército rojo. Y estas milicias obreras ya no se dejarán desfigurar bajo ningún pretexto, ni por el de crear un ejército voluntario que pueda ser el sustituto del

antiguo ejército permanente; estas milicias obreras, compañeros, han de ser y serán, no el ejército de la república democrática, sino el ejército rojo de la clase trabajadora.

Y este ejército no traicionará, compañeros. Este ejército es carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre y en él no tendrán puesto los oficiales sospechosos. Este ejército es y será mandado por los hijos de la clase trabajadora, y estos sí que no traicionarán nunca.

Había, finalmente, compañeros, el problema de Catalunya, y yo os invito a pensar en la diferencia fundamental existente en los términos en que estaba planteado el problema de Catalunya antes del 19 de julio y cómo está planteado hoy. La clase que ejercía la hegemonía en el movimiento nacionalista de Catalunya era la pequeña burguesía. Los partidos pequeño-burgueses eran los depositarios y la expresión más genuina de este movimiento nacional de Catalunya, y los hechos, también, compañeros, han demostrado la justeza de nuestras afirmaciones. El problema de Catalunya, hoy está resuelto, y está resuelto, no por la pequeña burguesía, sino por la clase trabajadora, que se organiza en Catalunya y que, en realidad, obra como un Estado con plena autonomía. La clase trabajadora ha resuelto todos los problemas fundamentales de la revolución democrática. Hoy la consigna "defensa de la revolución democrática" no le dice ni le puede decir nada. El día 19 de julio camaradas, se hundieron el feudalismo, el clericalismo y el militarismo español, pero no solamente se hundieron el feudalismo, el clericalismo y el militarismo, sino que se hundió para siempre la economía capitalista.

LA REVOLUCIÓN Y LA GUERRA SON INSEPARABLES

SE NOS DICE QUE AHORA TENEMOS UN OBJETIVO inmediato: la lucha en los frentes; primero hay que ganar la guerra y después ya veremos.

Estas dos cuestiones no se pueden separar, no se pue-

den desligar. Las guerras se ganan no solamente desde el punto de vista técnico. Desde el punto de vista técnico, por la superioridad del armamento y por la disciplina, los militares tendrían que haber vencido el día 19 de julio: ¿por qué no vencieron? Porque nosotros teníamos aquello que los militares no tenían: la fe y la esperanza en una sociedad nueva, contra aquellos elementos que luchaban por una sociedad condenada a desaparecer irremediamente.

Y por esto, en estos momentos de lucha, las realizaciones de carácter social y de carácter político tienen tanta trascendencia como los éxitos en el terreno militar.

Si nosotros acabamos con el capitalismo, si encarrilamos la revolución en un sentido socialista, ¡Ah!, entonces crearemos, estamos creando ya en España, un movimiento tan pujante, una revolución tan profunda que contra ella se estrellarán todos los intentos de la canalla monárquica, fascista y reaccionaria.

Por eso afirmamos que toda concesión, que todo paso atrás es un servicio que se presta al enemigo.

¿Qué quiere decir lucha antifascista? No existe una lucha antifascista abstracta. ¿Qué es el fascismo? El fascismo es una última y desesperada tentativa de la burguesía para asegurar, para consolidar su dominación. El capitalismo no puede vencer sus contradicciones internas y no tiene otro remedio que recurrir al fascismo, y por eso nosotros hemos sostenido en todo momento y desde esta misma tribuna que aunque en España triunfase temporalmente una situación republicana de izquierda, como la pequeña burguesía no podría resolver sus contradicciones internas, la victoria del fascismo sería inevitable. Contra el fascismo solo hay un medio eficaz de lucha: la revolución proletaria. Si dejándonos deslumbrar por las bellas frases demagógicas de los señores republicanos de izquierda creyésemos que corresponde hoy a nuestros intereses defender la

república democrática, con esto no haríamos otra cosa que preparar la victoria del fascismo para un porvenir más o menos lejano, y por eso repito en nombre de nuestro partido, que el proletariado de España hoy solo tiene un camino: el de la revolución proletaria para instalar en nuestro país una república socialista.

NO ES POSIBLE VOLVER A LA SITUACIÓN ANTERIOR

LOS DEMÓCRATAS BURGUESES SUEÑAN, naturalmente, con volver a la situación anterior. Muchos de ellos todavía no se han dado cuenta de lo que ha pasado en nuestro país; no se han dado cuenta de que de la antigua situación no queda hoy ya absolutamente nada y que estamos atravesando una profunda subversión. Estos señores sueñan con volver a la situación anterior, como por ejemplo, la del parlamento del 16 de febrero, parlamento que está muerto y bien muerto. Era un parlamento que respondía a una situación concreta del momento, pero recordad bien, compañeros, que en este parlamento estaban representados los elementos fascistas, todos los sectores reaccionarios del país que han desencadenado la guerra civil, y nosotros decimos que a una situación nueva corresponden también instituciones nuevas. El parlamento del 16 de febrero que lo guarden, si quieren, en un museo de antigüedades.

Hemos de afirmar desde ahora que un sistema parlamentario como el anterior no nos satisface. Nosotros no somos partidarios de la libertad para todos; nosotros, en la situación actual, negamos el pan y la sal a todos los elementos reaccionarios y a la burguesía, a los cuales no concederemos ningún derecho político. Han de surgir instituciones nuevas, hijas de la revolución, que respondan a los anhelos de esta revolución, a las profundas aspiraciones de las masas trabajadoras que luchan estos días en toda España por una sociedad mejor. Y en este sentido, compañeros, es evidente que el parlamento del 16

de febrero no responde a las necesidades del momento. Hay que crear un nuevo órgano legislativo y el punto de vista de nuestro partido es que hay que convocar unas Cortes constituyentes, que han de sentar las bases de la nueva sociedad española. En estas Cortes constituyentes, como os decía antes, la burguesía no podrá tener representantes, las clases explotadoras no podrán tener representantes. Estas Cortes constituyentes han de estar formadas a base de representantes de los comités de obreros, campesinos y combatientes, es decir de aquellos que han hecho la revolución, de aquellos que están luchando hoy contra el enemigo y que forjan la España nueva de mañana.

POR UN GOBIERNO OBRERO

SIN EMBARGO, COMPAÑEROS, SE NOS PRESENTAN problemas de una realidad inmediata. Es necesario un gobierno fuerte; esta es la impresión general de todas las masas populares del país. Necesitamos un gobierno fuerte, naturalmente, no un gobierno fuerte en el sentido que dan a esta palabra los elementos burgueses de la situación anterior. Necesitamos un gobierno fuerte, es decir dotado de aquella máxima autoridad que ha de darle la confianza de las masas trabajadoras y que esté dispuesto a llevar la lucha hasta las últimas consecuencias. ¿Quién puede ser este gobierno fuerte? ¿El que acaba de ser elegido en Madrid? Nosotros estimamos sinceramente que no. La clase trabajadora necesita mucho más que la declaración ministerial hecha por el gobierno que acaba de ser elegido por el presidente de la República. Esta declaración ministerial es una declaración que la habría podido hacer perfectamente cualquiera de los gobiernos de izquierdas anteriores, presidido por un pobre señor Giral cualquiera. Se trata de la declaración de un gobierno que aspira a hacer la unión de todos los españoles, de un gobierno saturado de todos los prejuicios de la democracia bur-

guesa, de un gobierno que no lleva aquel empuje que las circunstancias exigen. Por eso nosotros sostenemos que, en la situación actual, el único gobierno que puede responder a la situación es un gobierno sin ministros burgueses, un gobierno puramente obrero. Este gobierno puramente obrero, compañeros, ha de representar no solamente a un sector de la clase trabajadora, sino que ha de representar a todos los sectores del proletariado español; porque la revolución que estamos viviendo, la revolución de la cual somos actores, no es una revolución hecha por el partido tal o por la organización cual; la revolución que estamos viviendo es la revolución hecha por toda la clase trabajadora y por todas las organizaciones y los partidos de la clase trabajadora. Que nadie reclame, pues, esta revolución, porque ella nos pertenece a todos, a todos los trabajadores.

El gobierno actual representa, indudablemente, un paso adelante respecto del gobierno anterior, pero es un gobierno de Frente Popular, es un gobierno que responde a la situación anterior al 19 de julio, es decir, cuando no se había producido la insurrección obrera, y en este sentido, pues, si bien con relación al gobierno anterior significa un paso adelante, con relación a la situación presente representa un paso atrás. No hay, pues, más salida que un gobierno obrero. La consigna de toda la clase trabajadora en los días que vienen, es: °Fuera del gobierno los ministros burgueses y viva el gobierno de la clase trabajadora!

Más que nunca hoy es necesario unir todos nuestros esfuerzos. Tenemos una lucha en el frente extraordinariamente dura. No seríamos fieles a nuestra propia conciencia revolucionaria si os dijésemos que la lucha será fácil, que la victoria será fácil. No, compañeros, la lucha es difícil, la victoria es segura, pero nos costará grandes esfuerzos. Es necesario que hagamos todos los posibles para ahorrar la sangre de la clase obrera, para acelerar esta victoria inevitable del proletariado. Y uno de los obstáculos más importantes que se oponen a la verdadera

organización de la victoria, a la obtención del triunfo por nuestras milicias obreras, es la falta de un mando único, la falta de un centro militar unificado que dirija todas las operaciones. En las presentes circunstancias, el gobierno de Madrid no puede jugar este papel. En Catalunya hemos creado el Comité Central de Milicias Obreras, que es el que centraliza realmente toda la acción militar y toda la acción política y nuestro partido propone que se constituya inmediatamente una Junta nacional de Defensa que, como el Comité de las Milicias de Catalunya, centralice toda la acción y lleve la guerra hasta la victoria definitiva.

He de decir que este punto de vista de nuestro partido es enteramente compartido por los trabajadores de Levante. Yo no sé si muchos de vosotros sabéis cuál es la situación que se ha creado. En Levante, compañeros, hay una situación muy parecida a la nuestra. Allí, los primeros días del movimiento, el gobierno de la república intentó crear una especie de delegación del gobierno de Madrid, cuya misión consistía exactamente en frenar el movimiento revolucionario. La clase trabajadora de Valencia, sencillamente, acompañó al señor Martínez Barrio y al señor Esplá al tren y los volvió a Madrid, y en lugar de esta representación del gobierno madrileño, los trabajadores de Valencia constituyeron un Comité ejecutivo popular que es, en realidad, el gobierno de Levante de la revolución proletaria.

Pues bien, compañeros, el Comité ejecutivo popular de Valencia también comparte nuestros puntos de vista. Podemos, pues, decir ahora en Catalunya que ella y Valencia forman en la vanguardia de la revolución y que llevarán la revolución española la más adelante.

LA CNT Y LA FAI Y LOS PROBLEMAS DE LA REVOLUCIÓN

EN UN MOMENTO DE TAN GRAN RESPONSABILIDAD histórica, es necesario que el proletariado marche hacia delante como ha hecho hasta ahora. No he de ocultar que, a nuestro entender,

todo el porvenir de la revolución depende, en gran parte, de la actitud que adopte la CNT y FAI. La CNT y la FAI son dos grandes organizaciones que cuentan con una inmensa simpatía entre la clase trabajadora. Tenemos con estas organizaciones profundas discrepancias ideológicas, pero afirmamos que en los momentos presentes, la CNT y la FAI demuestran además de un claro sentido revolucionario, una más clara conciencia de la realidad proletaria del momento que otras organizaciones de la clase trabajadora, y nosotros afirmamos en estas circunstancias que el porvenir de la revolución depende de la manera como las otras organizaciones obreras puedan llegar a ponerse de acuerdo con los compañeros de la CNT y la FAI.

Conscientemente no combatimos por un simple conservadurismo de organización. Estamos orgullosos de nuestra organización, orgullosos de nuestro nombre, nos dejamos embriagar usualmente por los nombres. Es preciso que examinemos a la luz de la experiencia presente si hay coincidencias posibles. Yo afirmo, compañeros, que en las cuestiones fundamentales, en aquellas sobre las cuales antes existían discrepancias irreductibles con los compañeros de la CNT, sobre estas cuestiones, hoy puede haber un acuerdo perfecto.

Examinemos, por ejemplo, la cuestión del ejército, una de aquellas en la apreciación de las cuales nos separamos de los anarquistas. Decían estos que no era necesaria la creación de un ejército, que había bastante con la acción espontánea de las masas. Hoy hemos contribuido todos, con el mismo entusiasmo, a la creación de un ejército: las milicias obreras. Sobre este punto, sobre la necesidad del ejército estamos todos perfectamente de acuerdo, comunistas, socialistas y anarquistas.

Los anarquistas hablan siempre de ir a la instauración inmediata del comunismo libertario. Hoy la CNT y la FAI, de hecho, comprenden que ir a la instauración inmediata del comunismo libertario no es posible, que la situación actual nos obliga

a pasar por ciertas formas transitorias, en este sentido hoy, de hecho, la CNT y la FAI reconocen la necesidad del poder político. Creo, compañeros anarquistas, que es perfectamente posible que nos lleguemos a entender sobre esta cuestión. Es posible, por ejemplo, que no quisierais formar parte de un gobierno obrero, que el nombre os dé miedo. Por nuestra parte declaramos que aquello que nos interesa no son los nombres, sino las cosas. Si no queréis que este organismo directivo, que es absolutamente necesario, se llame gobierno, llamémosle, si queréis, Comité ejecutivo, o Comité revolucionario, o Comité popular, pero cumplamos todos nuestro deber y construyámoslo.

Es evidente que hoy tenemos en España una situación política que no responde bien a la situación actual, y es absolutamente incomprensible que en las circunstancias actuales haya en Catalunya un gobierno formado por representantes de la Izquierda Republicana, como es absolutamente incomprensible que en los momentos actuales haya en España un gobierno con ministros burgueses. Si los camaradas anarquistas se hacen cargo de la situación y pasan por encima de sacrificios, dentro de poco en España no habrá un solo ministro burgués. Hay otra cuestión sobre la apreciación de la cual existían discrepancias con los compañeros anarquistas. Es la cuestión de la dictadura del proletariado. ¿Qué es la dictadura del proletariado? Es la autoridad ejercida única y exclusivamente por la clase trabajadora, la anulación de todo derecho político y de toda libertad para los representantes de las clases enemigas. Si la dictadura del proletariado es esto, compañeros, yo os afirmo que hoy en Catalunya existe la dictadura del proletariado.

No habiendo otras diferencias que estas, nos podemos entender perfectamente con los compañeros de la CNT. No digamos dictadura del proletariado; si queréis le daremos el nombre que os plazca, pero lo importante es que tanto los anarquistas como nosotros hemos llegado a la conclusión práctica de

que en el periodo actual no hay libertad ni derecho político para la burguesía, y que nada más hay derecho político y libertad para la clase obrera.

No hace muchos días publicó la CNT un manifiesto en el cual decía que se opondría a toda dictadura del proletariado ejercida por un partido determinado. Y nosotros afirmamos desde aquí, totalmente, compañeros, que a nuestro entender, la dictadura del proletariado es la dictadura de toda la clase trabajadora, la dictadura de todas las clases populares, y que ninguna organización ni sindical ni política, tiene derecho a ejercer su dictadura sobre las otras organizaciones en nombre de los intereses de la revolución. Y en este sentido nosotros decimos también que si la CNT pretende ejercer el monopolio exclusivo de la revolución, que si el Partido Socialista pretende ejercer el monopolio exclusivo de la revolución o pretende ejercerlo el Partido Comunista, nos encontrarán enfrente. La dictadura del proletariado es la democracia obrera ejercida por todos los obreros sin ninguna clase de excepción.

Nos encontrarán al margen de toda tentativa de dictadura personal. Nosotros entendemos que la dictadura proletaria es la expresión más elevada de la democracia. La democracia burguesa no es más que una tapadera de la dictadura capitalista, de la explotación capitalista. Es la dictadura de una minoría de la población, de la minoría explotadora, sobre la inmensa mayoría. La dictadura proletaria es verdad que anula los derechos políticos, pero anula los derechos políticos de una pequeña minoría, de una minoría de explotadores. Es el gobierno de la inmensa mayoría de la población contra este grupo de explotadores.

Vamos, pues, a la instauración de esta democracia obrera. Y tanto aquí como fuera de aquí, nuestro partido se encuentra dispuesto a luchar con los camaradas de la CNT y con toda la clase obrera, contra toda tentativa encaminada a convertir la

dictadura del proletariado en dictadura de un partido o en dictadura personal.

ADELANTE, HACIA LA INSTAURACIÓN DE LA REPÚBLICA SOCIALISTA

Y VOY A ACABAR, COMPAÑEROS. Nos encontramos en una etapa decisiva de nuestra revolución. °Hay de nosotros si no sabemos aprovechar esta coyuntura! La historia, estas ocasiones no las ofrece con mucha frecuencia.

Estamos ante una ocasión única. La clase trabajadora de España tiene las armas en la mano. En experiencias anteriores, en Europa y aquí, la pequeña burguesía demagógica y la burguesía liberal, bajo diversos pretextos ha desarmado a la clase trabajadora, para poderla ametrallar después. Por eso nosotros decimos, compañeros, en los momentos actuales, el proletariado tiene un deber elemental, y este deber elemental es no dejarse desarmar. Las armas con las cuales va al frente, la clase trabajadora ha de conservarlas, al volver del frente para batir definitivamente al régimen de la burguesía.

Es una lucha dura, difícil, la que tenemos ante nosotros, compañeros, pero tenemos mucho ganado. La clase trabajadora de Catalunya, los obreros de España, han demostrado en estas cuantas semanas de lucha su espíritu de sacrificio y su capacidad de organización. ¿Pensáis que representa poca cosa, en el término de pocas semanas, destruir todo un ejército, destruir su engranaje, destruir su disciplina y construir un ejército nuevo? ¿Os parece poco esfuerzo, compañeros, que a pesar del desorden económico, la clase trabajadora haya triunfado en la empresa de que funcionen todos los servicios públicos y la vida se desarrolle con la normalidad que todos veis? Yo os digo, compañeros, que el espectáculo que ofrece hoy la clase trabajadora de nuestro país hace concebir las más grandes esperanzas. Es una clase trabajadora brava, dispuesta a luchar hasta

vencer o morir, pero es una clase trabajadora que comprende también todas las necesidades, todos los sacrificios que esta hora impone. Y esta clase trabajadora tiene plena conciencia hoy de que, para vencer al enemigo, para ahogar al fascismo, para edificar la sociedad socialista de mañana es necesario hacer más sacrificios, aumentar la jornada de trabajo, cobrar un jornal más pequeño temporalmente, nuestra clase trabajadora está dispuesta a hacer estos sacrificios, que no habría hecho por la clase explotadora, pero que sí hará por la sociedad de mañana.

Es preciso proseguir la lucha sin dar ni un solo paso atrás, ni dejarse confundir por las instrucciones democráticas. En España no se lucha por la república democrática. Se levanta una nueva aurora en el cielo de nuestro país. Esta nueva aurora es la de la República socialista. ¡A luchar por ella hasta el fin, trabajadores de Barcelona!

APÉNDICE

El testimonio de David Rousset

*LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA INCLUÍA UN PROBLEMA colonial que podría haber sido decisivo para la revolución: la de los territorios del Rif. Un levantamiento en el Rif habría tenido ventajas militares inmediatas: habría segado la hierba bajo los pies de Franco dejándole sin base de operaciones, favoreciendo, por tanto, la victoria de las fuerzas republicanas. Las negociaciones entre el movimiento nacionalista marroquí y las autoridades españolas no llegaron a prosperar debido a la actitud de estas últimas. Para clarificar esta página desconocida y oculta de la Guerra Civil española, nos ha parecido útil e interesante publicar una transcripción del testimonio oral de **David Rousset**, que estuvo presente en el inicio de estas negociaciones.*

EN ESE MOMENTO YO ERA MIEMBRO DEL Buró Político del Partido Obrero Internacionalista, el POI, la sección francesa de la Cuarta Internacional. Fue desempeñando esta función como me encontré en Marruecos en agosto de 1936. Mi tarea era organizar la sección francesa en Marruecos y una sección marroquí de la Cuarta Internacional en el marco del POI. Por este motivo estaba en contacto con el Comité de Acción Marroquí, que representaba al movimiento nacionalista marroquí y que en ese momento todavía era un movimiento unificado.

Las principales personalidades con las que me encontré en contacto fueron Al Fassi, quien participó en todos los debates, hablando siempre en árabe, y Mahamed Hassan Wazzani.

Fue fundamentalmente con Wazzani y con Omar Abjelil con quienes mantuvimos las discusiones y se adoptaron las decisiones en mi ausencia en las reuniones plenarias.

Encontrándome en Fez en agosto de 1936, tuve una nueva perspectiva de la Guerra Civil española, esto es, me di cuenta de que si había un levantamiento armado en el Rif español, Franco se quedaría atrapado y, además, se crearía una situación muy difícil en las filas de las tropas marroquíes de Franco. Como resultado de ello, el objeto de mi estancia en Marruecos cambió, le añadí este nuevo objetivo a los iniciales y negocié con el Comité de Acción Marroquí la posibilidad de una intervención militar en España.

Mi dificultad principal fue la falta de relaciones directas en España y, en particular, en Barcelona. Cuando me fui de París este problema no estaba planteado y por ello no habíamos discutido el tema en la dirección. En ese momento, Jean Rous estaba en Barcelona y, evidentemente, estaba en contacto con el POUM. ¿Pero deberíamos esperar a Jean Rous? En ese momento, Robert Louzon, que estaba en contacto con Jean Rous, estaba en Barcelona. Este último, a su vez, estaba en contacto con la CNT y la FAI.

Jean Rous también había pensado en la cuestión del Marruecos español estando en Barcelona, pero no tenía contactos en Marruecos, y fue en ese momento cuando propuso venir a verme a Fez. Y fue ese día de agosto que vi llegar a Fez a Robert Louzon. Le había puesto en contacto con los marroquíes y a continuación llevamos a cabo un largo proceso de negociación con los miembros del Comité de Acción. Evidentemente, hubo muchos problemas: políticos en primer lugar, pero también de seguridad, de precaución y, en particular, el hecho de

que los marroquíes tenían obviamente la represión. Ya eran semilegales y semiilegales en la zona francesa por si estallaba una lucha militar abierta en el Rif.

Finalmente estas negociaciones, que prácticamente duraron todo el mes de agosto, condujeron a un acuerdo inicial: los marroquíes decidieron que separarían diplomáticamente y de hecho, hasta cierto punto, las zonas francesa y española -es decir, que la acción militar no prevista no alcanzaría a la zona francesa. La centrarían en la zona española. Designaron a Wazzani y Abjelil para acompañarme a Barcelona.

En ese momento Robert Louzon nos dejó y volvió a Francia y yo fui a España con los dos dirigentes marroquíes.

Llegamos a Barcelona. Mi único contacto en Barcelona era el POUM. De ahí que, con mis dos líderes marroquíes, con Jean Rous como intermediario, entramos en contacto con la dirección del POUM, quien nos dio la bienvenida. Pero, en realidad, en ese momento el POUM no era el elemento decisivo en Barcelona. El elemento decisivo era el Comité Central de Milicias, que estaba dominado por la CNT y la FAI. De ahí que para que tuvieran éxito las negociaciones, debían llevarse a cabo con el Comité Central de Milicias. Este último, informado de nuestra presencia y nuestros objetivos, vino a visitar al POUM. Como siempre en esa época, las operaciones se llevaban a cabo de un modo singular. Un día un grupo armado se detuvo enfrente del edificio del POUM. Hubo unos intercambios bastante curiosos entre los poumistas, la CNT y la FAI. Habíamos sido recibidos por el Comité Central de Milicias. No recuerdo los nombres; en cualquier caso eran sus líderes.

Nos dieron un chalet en Barcelona donde, durante todo el mes de septiembre, se llevaron a cabo las negociaciones. Yo jugué el papel de asesor de la delegación marroquí, es decir que me escondí tras la delegación marroquí. Esto es, el POI no jugó ningún papel en este asunto, era una negociación diplo-

mática entre los representantes autorizados del Comité de Acción y los representantes autorizados del Comité Central de Milicias. Pero como asesor, colaboré en la redacción de los elementos fundamentales que finalmente constituyeron el borrador de un tratado de independencia. Sin embargo, el borrador de tratado respetaba las líneas generales del tratado franco-sirio que había sido firmado en ese período. De ahí que tuviéramos un texto que, mientras reconocía la independencia, mantenía vínculos muy estrechos entre la antigua metrópolis y la antigua colonia. A finales de septiembre, se habían consolidado los términos del acuerdo. El Comité Central de Milicias aprobó el borrador y pasamos a la segunda fase.

El borrador fue sometido a todas las delegaciones, sin excepción, de los partidos catalanes. Los partidos catalanes, sin ninguna excepción, aprobaron el borrador de tratado de independencia, incluso el Partido Comunista. Hubo una ceremonia con firmas, fotos, películas, etc... De modo que fue un acontecimiento más bien oficial. Ya se habían establecido relaciones con las tribus marroquíes del Rif. La cuestión del dinero y las armas se habían planteado ya, y las operaciones militares (y esto no es en absoluto una visión optimista; es una estimación totalmente realista) podrían haber empezado muy rápidamente. En cualquier caso, la Generalitat no podía tomar las decisiones en lugar de la República española. Ahí pasamos a una cuarta etapa: es decir, la negociación directa con el gobierno de Madrid. En este momento me apartaron de las negociaciones. Era evidente que los españoles no querían ver a un trotskista francés demasiado mezclado en las cosas. No habían sido capaces de evitarlo en Barcelona, donde las cosas se plantearon de otro modo, pero no querían que siguiera por mucho tiempo. Así pues, Wazzani y Abjelil fueron solos a Madrid y no pude participar en las conversaciones. Por esto informo de lo que me dijeron. Se encontraron cara a cara con Largo Caballero

quien, obviamente, estaba sometido a fuertes presiones de París y Londres. París y Londres habían sido informados -ºNo sé cómo! Pero era obvio y natural- sobre este proyecto y eran absolutamente hostiles a él. Para París era comprensible desde el momento en que el gobierno de Leon Blum obviamente se planteaba lo que sucedería si esto conducía a la independencia del Rif. Como consecuencia de ello, el gobierno español explicó a la delegación árabe, a la delegación marroquí, que no podían ratificar el tratado de Barcelona pero que estaban dispuestos a entregar dinero y armas para que pudieran empezar las operaciones. Allí nos topamos con la conducta de los delegados marroquíes. Debo decir que de haber estado allí les habría aconsejado aceptar los medios para la acción, pero no sucedió. Se comportaron como una delegación que representaba a un movimiento burgués que no quería iniciar las operaciones sin el requisito de garantías políticas. Explicaron al gobierno español que no eran agentes del Segundo Buró (ºLos servicios secretos!), que estaban preparados y que era posible iniciar las operaciones inmediatamente, pero con una sola condición: el tratado de Barcelona que, debe recordar de nuevo, era un tratado de la misma especie que el Franco-sirio.

En este momento se dio la ruptura. Volvieron a Barcelona, donde nos volvimos a ver, y nos volvimos a Francia. Poco después de su retorno a París ellos mismos se encontraron con Leon Blum, con quien mantuvieron una entrevista más bien apresurada. Ignoro su contenido. Posteriormente regresaron a la zona francesa de Marruecos.

Esta es la historia de esta negociación con el Comité Central de Milicias.

David Rousset, París.

CRONOLOGÍA

1930 Enero: dimisión de Primo de Rivera. Fin de la dictadura

1931 Abril: Mayoría republicana en las elecciones municipales. Abdicación de Alfonso XIII y proclamación de una "República de trabajadores de todas las clases".

Diciembre: aprobación de la nueva constitución, así como del Estatut de Autonomía catalán.

1933 Enero-Marzo: Hitler llega al poder en Alemania.

1934 Octubre: formación del gobierno de centro-derecha de Lerroux y Gil Robles. Reacción de masas expresada en el llamamiento a la huelga general por parte de la Alianza Obrera. Levantamiento obrero en Asturias, seguido de la formación de un gobierno con los socialistas, los anarcosindicalistas, militantes del BOC y, en el último minuto, los comunistas oficiales. La represión acabó en un baño de sangre (80.000 encarcelados, 5.000 muertos y 8.000 heridos). En Madrid hubo una huelga general violenta y en Catalunya tuvieron lugar los acontecimientos del 6 de octubre, marcados por una huelga general semiinsurreccional dirigida por la Alianza Obrera -sin la CNT- y por la dimisión del gobierno catalán. Abolición de la autonomía catalana.

1935 Agosto: Séptimo Congreso de la Internacional Comunista, que adoptó la estrategia del frente popular.

Septiembre: fundación del POUM.

1936 Febrero: victoria de la coalición de izquierdas conocida como Frente Popular en las elecciones.

Mayo: Azaña es elegido presidente, Casares Quiroga primer ministro. La única crítica proviene de Joaquim Maurín.

Junio: huelga general y victoria del Frente Popular en Francia.
Julio: levantamiento militar que provoca el inicio de la guerra civil y del proceso revolucionario en el grueso de la zona republicana. Nacimiento del PSUC.

Agosto: Italia y Alemania apoyan a los militares sublevados. El cónsul soviético llega a Barcelona.

Septiembre: constitución del Comité de No Intervención a iniciativa del gobierno francés del Frente Popular. Comprende a 25 países europeos (Alemania y la Unión Soviética incluidos). Su objetivo es evitar interferencias del resto de Europa en la Guerra Civil española: esta pasividad significa de facto un reconocimiento de la legitimidad de la sublevación militar. Largo Caballero es nombrado primer ministro. La CNT y el POUM ingresan en el gobierno de la Generalitat de Catalunya.

Octubre: Creación del Ejército Popular republicano, que coexistirá en sus inicios con las milicias antifascistas creadas durante el levantamiento popular. Aprobación del Estatuto de Autonomía vasco. Tras la caída de Toledo, Franco se proclama como único jefe del Estado.

Noviembre: llegada de las Brigadas Internacionales a Madrid.
Diciembre: el POUM es expulsado del Gobierno de la Generalitat debido a la presión del PSUC y con el acuerdo de la CNT.

1937 Febrero: caída de Málaga.

Marzo: victoria republicana en Guadalajara contra las tropas italianas.

Abril: bombardeo de Guernica por la aviación alemana. Guernica, una ciudad vasca de 7000 habitantes, fue completamente arrasada. Gracias al famoso cuadro de Picasso, se convirtió en un símbolo de la barbarie franquista.

Mayo: tras el intento por parte de la Generalitat de hacerse

con el control de la central telefónica de Barcelona ocupada por trabajadores de la CNT, tiene lugar una insurrección obrera apoyada por la base militante anarcosindicalista y por el POUM. La intervención de la dirección de la FAI -García Oliver, Monseny y Vázquez- posibilita la vuelta a la normalidad tras una vaga promesa de reconciliación. La insurrección fue seguida de una oleada represiva de carácter estalinista dirigida contra el POUM (asesinatos de Nin y Landau), pero también contra círculos anarquistas.

Junio: caída de Bilbao. Inicio de la represión en Catalunya: el POUM es ilegalizado y sus dirigentes son arrestados.

Septiembre: capitulación del ejército vasco en Santoña.

Octubre: el Vaticano reconoce oficialmente al régimen fascista de Burgos.

1938 Julio: Batalla del Ebro, que supone la última gran ofensiva militar republicana.

Septiembre: Pacto de Munich y capitulación de las potencias democráticas europeas ante el expansionismo alemán.

Noviembre: retirada de las Brigadas Internacionales. Retirada del Ebro. Japón reconoce al gobierno de Franco.

1939 Enero: Barcelona cae en manos de las tropas fascistas.

Febrero: caída de Catalunya. El gobierno de Franco es reconocido por Francia y Gran Bretaña.

Marzo: ocupación de Madrid por las tropas franquistas tras el golpe de Estado del coronel Casado, que es un reflejo de los agudos conflictos entre la derecha republicana y la CNT, de un lado, y el PCE-PSUC, de otro. Caída definitiva de la República.

Abril: Estados Unidos reconoce al nuevo régimen fascista español.

Agosto: Pacto Ribbentrop-Molotov entre la Unión Soviética y la Alemania nazi. Hundimiento y muerte en el exilio -en casa y en el extranjero- de las fuerzas republicanas, que sufren duramente los efectos de la derrota.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

1. Tuñón, Fusi y otros, *La guerra civil en el País Vasco*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1987.
2. Ortzi, *Breve historia de Euskadi*, Ruedo Ibérico, Madrid, 1980.
3. Cardona, G., “De Madrid a la caída del norte”, en *1936-39: la guerra de España*, Ed. El País, Madrid, 1986.
4. Laboa, G.M., “La iglesia vasca” en *La guerra civil*, Ed. Historia 16, Madrid, 1986.
5. Fusi, J.P., “El País Vasco durante la guerra” en *1936-39: la guerra de España*, Ed. El País, Madrid, 1986.
6. Fraser, R., *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia de la guerra civil española*, Crítica, Barcelona, 1979, 2 vols.
7. González Portilla, M., Garmendia, J.M., *La guerra civil en el País Vasco, Política y economía*, Siglo XXI, Madrid, 1988.
8. *Historia contemporánea*, N. 1, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1988.
9. Aguirre, J. A., *Veinte años de gestión de gobierno vasco*, L. Zugara editor, Durango, 1978.
10. Arenillas, J.M. y J.A., *Sobre la cuestión nacional en Euskadi*, Fontamara, Barcelona, 1977.
11. Chiapuso, M., *El gobierno vasco y los anarquistas*. Bilbao en guerra, Txertoa, San Sebastián, 1978.
12. Díaz, J., *Tres años de lucha*, Ebro, París, 1969.
13. Bolloten, B., *La guerra civil española. Revolución y contrarrevolución*, Alianza Editorial, Madrid, 2006.
14. Azaña, M., *Causas de la guerra de España*, Crítica, Barcelona, 1986.

15. Ucelay, E., "*Catalunya durante la guerra*" en **1936-39: la guerra de España**, Ed. El País, Madrid, 1986.
16. Casterás, R., **Las JSUC ante la guerra y la revolución**, Nova Terra, Barcelona, 1977.
17. Togliatti, P., **Escritos sobre la guerra de España**, Grijalbo, Barcelona, 1980.
18. Bonamusa, F., **Andreu Nin y el movimiento comunista en España (1930-1937)**, Anagrama, Barcelona, 1977.
19. Nin, A., **Los problemas de la revolución española**, Ruedo Ibérico, París, 1971.
20. Pagès, P., **La guerra civil espanyola a Catalunya (1936-1939)**, Els llibres de la frontera, Barcelona, 1987.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS SOBRE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

- Alba, V., **La revolución española en la práctica**, Júcar, Madrid, 1977.
- Alba, V., **El marxismo en España (1919-1939)**, Costa-Amic Editor, México, 1973.
- Brenan, G., **El laberinto español**, Ruedo Ibérico, París, 1962.
- Broué, P., **La Revolución española 1931-1939**, Península, Barcelona, 1977.
- Broué, P. **La Revolución y la guerra de España**, Fondo de Cultura Económica, México, 1962.
- Cahiers Léon Trotsky**, N. 10, junio de 1982 (edición especial sobre Trotsky y el movimiento obrero español).
- Casanova, G., **La guerra de España**, Ed. Fontamara, Barcelona, 1978.
- Hermet, G., **Los Comunistas en España**, Ruedo Ibérico, París, 1972.
- Jackson, G., **Historia de la República y de la Guerra Civil**, Crítica, Barcelona, 1995.
- Lorenzo, C. **Los anarquistas españoles y el poder (1868-1969)**, Ruedo Ibérico, París, 1972.
- Maurín, J., **Revolución y contrarrevolución en España**, Ruedo Ibérico, París, 1966.
- Morrow, F., **Revolución y contrarrevolución en España**, Akal, Madrid, 1976.
- Munis, G. **Jalones de derrota, promesa de victoria (España 1930-1939)**, Ed. Cero, Bilbao, 1977.
- Orwell, G., **Homenaje a Cataluña** (diversas ediciones).
- Pagès, P., **El movimiento trotskista en España (1930-1935)**, Ed. Península, Madrid, 1975.

- Pagès, P., **Andreu Nin. Su evolución política (1911-1937)**, Ed. Zero, Bilbao, 1975.
- Pagès, P., **La guerra civil espanyola a Catalunya (1936-1939)**, Els llibres de la frontera, Barcelona, 1987.
- Paz, A., **Durruti en la Revolución española**, La esfera de los libros, Madrid, 2004.
- Peirats, J., **La CNT en la Revolución Española**, Ruedo Ibérico, París, 1971.
- Ramírez, L., **Francisco Franco, historia de un mesianismo**, Ruedo Ibérico, París, 1964.
- Solano, Wilebaldo, **El POUM en la historia. Andreu Nin y la Revolución española**, Los Libros de la Catarata, Madrid, 1999.
- Thomas, H. **La guerra civil española**, Grijalbo, Barcelona, 1979 (2 vols).
- Trotsky, L., **La Revolución española (1931-1939)**, Fontanella, Barcelona, 1977 (2 vols).
- Tuñón de Lara, M., **La España del siglo XX**, Laia, Barcelona, 1974.
- Vilar, P., **La guerra civil española**, Crítica, Barcelona, 2000.